

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Buda te envía un saludo

La película duró apenas quince segundos, y sus imágenes, por el momento, no parecían tener significado alguno, ni relacionarse entre sí, aparentemente. Primero, se veían unas cuantas islas. Luego, unas barcas de pesca chinas, a toda vela, con algunos chinos a bordo dedicados a su trabajo. Luego, una costa rocosa. Después, una bonita villa de estilo chino, rodeada de bambúes y flores, con piscina y unos estanques con preciosos lotos. Finalmente, la efigie en piedra de un ventrudo chino, sentado con las piernas cruzadas en difícil postura y las manos en posición de orar… Es decir, una de las manos estaba en aquella posición; la otra, se alzaba por encima del hombro, y paralela a éste.



Lou Carrigan

Buda te envía un saludo

Brigitte en Acción - 086

ePub r1.0
Titivillus 28.09.2017

Lou Carrigan, 1969

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

En el expectante silencio de la gran sala de esgrima, se oían con toda nitidez los vibrantes golpes de acero contra acero. Los dos esgrimistas a florete, correctísimos en su posición, buscaban el engaño, la finta final que llevaría la punta con bola del florete a tocar el cuerpo del rival.

Ambos contendientes llevaban el blanco equipo de reglamento, ceñido, y el casco enrejado que protegía su rostro de un posible accidente. Sobre cada pecho, un corazón bordado en rojo. Uno de los contendientes era alto, atlético, y su maestría en el manejo del arma era por demás evidente. El otro contendiente debía medir uno sesenta y cinco de estatura, era más esbelto, notablemente menos experto en el manejo del florete…, pero de una agilidad que tenía electrizados a todos los alumnos y profesores de la Academia de Esgrima. No importaba cuál fuese la finta del más experto: el contendiente más bajo la desviaba siempre. Era como si su florete tuviese imán con respecto al otro. Golpe tras golpe, el esgrimista menos hábil los iba parando todos, desviándolos… E incluso se permitía el lujo de lanzar dé cuando en cuando un puntazo que ponía en peligro la victoria de quien, evidentemente, era un profesor.

Finalmente, tras un acoso persistente, casi furioso, el más alto extendió el brazo derecho, engañó al alumno obligándole a bajar la guardia en un golpe falso, retiró unos centímetros el acero y volvió a atacar, en un vaivén magistral, sensacional. La punta del florete dio en el corazón pintado de rojo del alumno.

—*Touché!* —exclamó éste.

Se quitó el casco protector del rostro, y una espesa mata de negrísimos cabellos quedó suelta, rodeando el delicado rostro femenino adornado por los más fantásticos, grandes y sensacionales ojos azules del mundo. La sonrosada boquita de labios llenos y

dulces mostraba una fatigada sonrisa.

Y en aquel instante todos los que habían presenciado el «duelo» comenzaron a aplaudir con auténtico entusiasmo, invadiendo la zona de entrenamientos.

—¡Bien, señorita Montfort!

—¡Fantástico!

—¡Casi le ha vencido!

—¡Ha estado usted formidable!

El rival de Brigitte Montfort estaba ante ella, también con el casco quitado, tendiendo la mano. Había en sus labios una sonrisa deportiva, pero su ceño estaba fruncido.

—Felicidades, señorita Montfort —dijo.

—Oh, gracias, profesor… ¿Cree que podré llegar a aprender bien este arte?

Hubo risas en la sala. La pregunta casi parecía una broma, después de haber resistido increíblemente las acometidas del más experto profesor de esgrima de la Academia.

—Bueno… —replicó el profesor—. Lo diré de otra manera: ¿de verdad nunca antes tuvo en sus manos un florete? ¿Jamás tomó clases de esgrima?

—Nunca, de veras. Solamente las dos semanas que llevo viniendo aquí, días alternos.

—Pues es increíble, se lo aseguro. Ciertamente, su estilo deja mucho que desear, por ahora. Pero sus reflejos, su agilidad, su intuición, son asombrosos. En algunos momentos he tenido la impresión de que usted estaba realmente defendiendo su vida, en lugar de, simplemente, tomar unas lecciones inofensivas.

—¿Y eso es malo? —se desilusionó la señorita Montfort.

—¡No! Caramba, no… Si usted perfecciona el estilo, llegará a ser una esgrimista de primera categoría. Creo que nadie de los presentes se molestará si digo que sus condiciones la colocan en primera posición en esta academia. No lo entiendo… Sé cien veces más que usted, le he tirado fintas de todas clases, he recurrido a engaños que suelen ser mortales… Y usted lo ha parado todo, sin estar ni mucho menos técnicamente preparada para hacerlo. ¿Quizá ha manejado otra clase de armas…? Sable, espada…

—¿Armas yo? —Abrió mucho los ojos la señorita Montfort—. ¡Por Dios, profesor!, ¿qué dice usted?

Se oyeron más risas. El profesor inclinó la cabeza, refunfuñando algo.

—Perdóneme… Ha sido una tontería mía. Pero es que usted… Bueno, se lo voy a decir: usted es una enemiga de cuidado, por su intuición, su serenidad, sus reflejos generales… Casi no puedo creerlo. Si con seis lecciones ha resistido usted mis ataques durante siete minutos…, ¿qué hará cuando lleve un año viniendo a la academia?

—Oh, usted está exagerando. Todo debe haber sido una casualidad profesor.

—¿Casualidad? —el profesor parpadeó, mirando aquellos dulces e ingenuos ojazos azules—. Sí, claro… Casualidad. Le propongo… ¿Qué ocurre, James?

El empleado de la Academia de Esgrima, que se había colocado junto a ellos, carraspeando, señaló fuera de la sala.

—Llaman a la señorita Montfort al teléfono.

—¿Quién es? —Frunció el ceño Brigitte.

—Un tal señor Pitzer.

—Oh… Mi florista. Un hombre antipático e impertinente, se lo aseguro —sonrió, como dando a entender que era una broma—. Con su permiso, señores. Espero que no haya estropeado el plantel de rosas japonesas que… ¡Oh, sería terrible! Per favor, perdónenme…

Se dirigió a la salida de la sala, rodeada de sonrisas y de aprobación. Las otras tres señoritas que asistían a la academia fruncieron el ceño cuando la totalidad de los hombres se volvió, siguiendo la marcha de la señorita Montfort, con expresión entre turulata y admirativa.

—¡Ay…! —suspiró uno.

Hubo algunas risas, de nuevo. El profesor principal reaccionó y comenzó a distribuir las parejas, para continuar el entrenamiento… La Academia de Esgrima de Nueva York era un lugar serio.

En la pequeña cabina para socios, la señorita Montfort atendía la llamada telefónica.

—¿Sí?

—¿…?

—Claro que soy yo, tío Charlie. ¿Qué ocurre?

—¡Oh, no!

—Bien… Creo que regañaré seriamente a Peggy, por facilitarle siempre a usted el modo de localizarme.

—¿De veras le parece que ella es más sensata y consciente que yo? *Okay*: ¿por qué no envía entonces a Peggy allá?

—De acuerdo —suspiró Brigitte—. Todo entendido. Salgo inmediatamente. Hasta la vista.

Colgó, suspiró, e hizo un gesto de impotencia. Uno de los inconvenientes de ser la mejor espía del mundo era que nunca la dejaban tranquila. Tendría que vestirse rápidamente, ir al aeropuerto, tomar el helicóptero que la estaba esperando… Un fastidio.

* * *

Míster Cavanagh, jefe directo y absoluto de los agentes de acción de la CIA alzó la cabeza, sonrió y tendió su diestra.

—¿Cómo está, «Baby»? —se interesó amablemente.

—Tan hermosa como siempre. ¿O no?

—Pues yo creo —Cavanagh frunció el ceño y miró a los dos sonrientes agentes que habían llevado hasta allí a Brigitte—. Pueden retirarse, muchachos.

—Le advierto que ellos ya se han dado cuenta, míster Cavanagh. ¿No es cierto, muchachos?

Los dos agentes secretos sonrieron más ampliamente, se miraron, miraron de arriba abajo a «Baby», volvieron a mirarse entre ellos… y lanzaron un silbido, de pronto. Uno de esos silbidos que las chicas bombón oyen por la calle. Luego desaparecieron, cerrando la puerta.

—La he hecho venir porque…

—¿No le parezco tan hermosa como siempre?

—No.

—¡Oh!

—La verdad es que usted está más hermosa cada vez que la veo.

—¡Míster Cavanagh! —Lanzó un gritito delicioso la espía—. ¡Es usted encantador!

—Mmm… Mire, «Baby», yo no soy partidario de decir cosas de esa clase, así que, si le parece, vayamos directos al asunto.

—Muy bien. Pero que conste en acta que usted me encuentra

cada día más hermosa.

—Constará —no pudo evitar una sonrisa Cavanagh—. Y ahora, veamos una corta y sorprendente película que ha llegado a la Central, siguiendo a un informe radiado en clave por nuestro jefe de inteligencia en Formosa.

—¡No me diga que tendré que ir a Formosa, señor!

—Veamos la película. Todo está preparado.

Señaló el rectángulo blanco en la pared, del tamaño de una maleta corriente. Brigitte se volvió hacia allí, cruzando las piernas y encendiendo un cigarrillo. Cavanagh manipuló unos segundos en el pequeño proyector a transistores, y la película microfilmada apareció de pronto en la pantalla.

La película duró apenas quince segundos, y sus imágenes, por el momento, no parecían tener significado alguno, ni relacionarse entre sí, aparentemente. Primero, se veían unas cuantas islas. Luego, unas barcas de pesca chinas, a toda vela, con algunos chinos a bordo dedicados a su trabajo. Luego, una costa rocosa. Después, una bonita villa de estilo chino, rodeada de bambúes y flores, con piscina y unos estanques con preciosos lotos. Finalmente, la efigie en piedra de un ventrudo chino, sentado con las piernas cruzadas en difícil postura y las manos en posición de orar… Es decir, una de las manos estaba en aquella posición; la otra, se alzaba por encima del hombro, y paralela a éste. El chino barrigudo tenía una protuberancia en la cabeza, las orejas mucho más grandes de lo normal, y algo que parecía un tercer ojo en el centro de la frente…

—Es Buda —musitó Brigitte.

La película terminó.

—En efecto —admitió Cavanagh—. Es una de las muchísimas efigies del dios Buda. Usted, sin duda, está enterada de estas cosas, de estos diferentes dioses.

—Por supuesto. Y Buda, en general, me es simpático. En realidad, estoy de acuerdo con él en muchas cosas.

—¿De veras? ¿En qué cosas, por ejemplo?

—Nuestro simpático amigo barrigudo no era malo, según entiendo. Su verdadero nombre era Siddharta Gautama, aunque también se le llamó Sakya-Muni, es decir, el Santo de la tribu de Sakya. Finalmente, se le conoció más por Buda, que proviene de la palabra sánscrita «buddha», la cual significa El Iluminado. Nació en

el año quinientos sesenta y tres antes de Jesucristo, y sus padres fueron Suddhodana, rey de Kapilavastu, y Maya. Según la leyenda, Maya soñó que una refulgente estrella de seis rayos de color perla rosada se desprendía del cielo, llevando en sus rayos a un hermoso elefante blanco de seis colmillos. La estrella penetró en el seno de Maya, y ésta dio a luz sin dolor un precioso niño, al cual, más adelante, un asceta llamado Asita adoró fervientemente, pronosticando que el recién nacido, a su debido tiempo, predicaría la ley para salvar a cuantos la aprendieran y siguieran.

—Fantástico —sonrió Cavanagh—. Siempre me admira su cultura. Me pregunto cómo tiene tiempo para tantas cosas.

—Sencillo: no hago nada que sea inútil.

—Buena filosofía. ¿Qué más sabe de Buda?

—Oh, muchas cosas… Por ejemplo, usted ha observado la protuberancia en lo alto de su cabeza; eso significa una especie de prolongación o suplemento del cerebro, y con ello se trata de decir que Buda lo oye todo. Y el tercer ojo en la frente, indica que Buda lo ve todo.

—En este caso —gruñó Cavanagh—, podríamos preguntarle qué significa este microfilm.

—Temo que Buda murió hace «algunos» años —sonrió Brigitte —. Si no recuerdo mal, unos… dos mil cuatrocientos cuarenta y ocho años. Imagino que no estará en condiciones de responder ninguna pregunta. Si así fuera, ya se las habría hecho.

—Claro… ¿En qué está usted de acuerdo con Buda?

—Digamos que en la primera parte de su decálogo moral, es decir, en el pentálogo.

—Ejem… ¿Y cuál es ese pentálogo?

—Primero: no matar. Segundo: no hurtar. Tercero: no cometer adulterio. Cuarto: no mentir. Quinto: no embriagarse ni beber licores alcohólicos.

Míster Cavanagh estaba estupefacto.

—¿Realmente… está usted de acuerdo con ese pentálogo? — musitó al fin.

—Por completo.

—Pero… usted ha faltado a todos esos preceptos, Brigitte. Ha matado, ha robado, ha…

—Míster Cavanagh, yo estoy de acuerdo con Buda, pero las

circunstancias de mi vida son muy duras. Si fuese una creyente cumplidora de los preceptos de Buda, «Baby» no existiría. Y lo que «Baby» ha evitado en ocasiones, habría sucedido irremediablemente. Yo espero que Buda me disculpe, admitiendo que para una espía el fin justifica los medios. ¿Discutimos de moral o trabajamos en espionaje?

—Trabajemos en espionaje… —susurró Cavanagh—. Bien, ya ha visto la película, que por ahora no significa nada para nosotros. Ahora le hablaré de Formosa. O Taiwan, si lo prefiere en japonés. En Taiwan, tenemos una red de agentes que controlan los movimientos chinos en la costa continental de China. La mayoría de esos agentes son chinos nacionalistas, que nos ayudan de buen grado. Pero la red está dirigida por cinco norteamericanos, de los cuales, uno dirige a su vez el grupo. Entonces, los hemos identificado de este modo: «Taiwan-Uno», «Taiwan-Dos», «Taiwan-Tres», «Taiwan-Cuatro» y «Taiwan-Cinco». Cada uno de ellos controla una zona en Formosa o Taiwan, y, además, estudia determinada zona de China continental. Pues bien: «Taiwan-Uno», que es el jefe de todos los grupos, nos envió este microfilm, que llegó horas después de su mensaje radiado en clave. En ese mensaje se nos dice que el microfilm proviene de «Taiwan-Cinco» y un chino ayudante directo de «Taiwan-Cinco» llamado Lo Cheng.

—Magnífico. En tal caso, tanto Lo Cheng como nuestro compatriota «Taiwan-Cinco» deben saber qué significa el contenido del… ¿No?

Cavanagh estaba moviendo negativamente la cabeza.

—Ellos no pueden decirnos lo que significa el contenido del microfilm, porque han desaparecido. «Taiwan-Uno» informa que «Taiwan-Cinco» debía estar en China continental, con Lo Cheng Sin embargo, hace tres días, «Taiwan-Uno» recibió una llamada por radio a Tainan, donde tiene su base. Quien le mandaba era Lo Cheng el ayudante de «Taiwan-Cinco», diciéndole que necesitaban ayuda en la costa de Formosa, muy cerca de Tainan, precisamente. Lo cual indicaba claramente que ni Lo Cheng ni «Taiwan-Cinco» estaban en el continente, como suponía «Taiwan-Uno». Éste dijo que salía inmediatamente para intentar ayudarlos, pero Lo Cheng, que debía ver muy mal su situación, le dijo que si no conseguía verlos, buscase algo en el punto de recogida «Ta-Chi-trescientos noventa y

ocho». El punto de recogida «Ta-Chi-trescientos noventa y ocho» es un árbol hueco, cerca de una playa, en el cual, a veces, han dejado mensajes, armas, dinero…

—¿«Taiwan-Uno» fue allá y encontró el microfilm en una cápsula?

—Efectivamente.

—¿Y no estaban ni «Taiwan-Cinco» ni el chino Lo Cheng?

—Eso es dudoso.

—¿Dudoso? No comprendo.

—«Taiwan-Uno» informa que cuando estaba llegando a la playa señalada por Lo Cheng en su conversación por radio, oyó motores de lanchas en el mar, y disparos. Cuando llegó a la playa, ocultándose, no pudo ver ni a «Taiwan-Cinco» ni a Lo Cheng. En cambio, sí pudo ver dos potentes lanchas en la playa, junto a otra más pequeña. En la playa, no menos de doce chinos, que corrían hacia un lado de la jungla, todos armados. En las lanchas quedaron cinco o seis chinos más. En la lancha pequeña no se veía a nadie…

—¿Qué hizo «Taiwan-Uno»?

—Llegó a una conclusión que nos ha notificado: «Taiwan-Cinco» y Lo Cheng habían llegado a la playa en la lancha pequeña, perseguidos por las dos lanchas llenas de chinos. Lo Cheng le envió el mensaje para que él recogiese el microfilm en el punto «Ta-Chi-trescientos noventa y ocho» porque temía que los atrapasen o matasen. Así que ambos o uno solo dejaron el microfilm en «Ta-Chi-trescientos noventa y ocho» y se metieron en la jungla, seguidos por la docena de chinos:

—¿Qué hizo «Taiwan-Uno»? —insistió Brigitte.

—Recogió el microfilm y regresó a Tainan. No podía hacer otra cosa.

—¿No intentó ayudar a Lo Cheng y a «Taiwan-Cinco»?

—¿Ayudarlos? ¿Cómo? ¿Ayudar a dos hombres en una jungla, teniendo cerca a no menos de doce chinos armados? Poco podía conseguir él solo para ayudarles. Y, en cambio, quizá el microfilm fuese muy importante.

—Pues no lo parece —dijo duramente Brigitte.

—Sea razonable —refunfuñó Cavanagh—. «Taiwan-Uno» no podía hacer otra cosa. Además, lo que Lo Cheng y «Taiwan-Cinco» habían demostrado querer era que ante todo, él recogiese el

microfilm y lo pusiese a salvo.

—Quizá tenga razón, señor. ¿Quiere pasar de nuevo el microfilm, por favor?

De nuevo proyectó Cavanagh el microfilm. Unas cuantas islas, unas cuantas barcas de pesca chinas, una costa rocosa, una hermosa casa con jardines todo de estilo chino… Y Buda, con la diestra alzada. Un simpático Buda de piedra, cuyo tamaño real quizá debía ser de unos tres metros, sentado sobre un pedestal de no menos de dos.

—Sigo sin entender nada —musitó la espía—. ¿Qué dice «Taiwan-Uno» respecto a este microfilm?

—ÉL no lo vio. No tuvo tiempo. Sabía que un avión con uno de nuestros enlaces salía apenas hora y media más tarde, de modo que fue a llevárselo, tal como lo había recogido. Y así llegó a nosotros. Fue revelado, estudiado… No imaginamos qué pueda significar todo esto de unos chinos pescando, una villa, un Buda…

—Tampoco yo. Lamento no poder ayudar, señor.

—Oh, podrá hacerlo… —dijo secamente Cavanagh—. Usted irá a Formosa, concretamente a Tainan, donde «Taiwan-Uno» la está esperando con una copia del microfilm. Cuando «Taiwan-Uno» lo vea, es posible que reconozca las islas, la costa, el Buda, o quizá la villa… Si consiguen esa pista, si localizan alguno de los pesqueros, o el Buda, o la villa, usted deberá averiguar por qué Lo Cheng y «Taiwan-Cinco» arriesgaron su vida para enviarnos este microfilm, que por sí mismo parece no valer ni significar nada.

—Entiendo que hay más hombres en Formosa, aparte de «Taiwan-Uno».

—Desde luego.

—Entonces, podría usted enviar a «Taiwan-Uno» el microfilm, y que él y sus hombres se ocupen de…

—No, no… De ninguna manera, Brigitte. No quiero que esos hombres se pongan en evidencia en Formosa. Dejémosles que sigan haciendo sus trabajos habituales, cumpliendo los cometidos que se les asignaron al enviarlos allí. Además, no quiero enviar por medios normales este microfilm, sino por un medio seguro: usted y, sobre todo, quiero saber por qué dos hombres quizá han muerto por el microfilm. Si el hecho hubiese ocurrido en un lugar menos… tenso, no la enviaría a usted. Pero en asuntos con posibilidad de

intervención china, quiero la máxima seguridad Irá usted a Formosa.

Brigitte se puso en pie, fue hacia la mesa de Cavanagh y proyectó la película una vez más. Detuvo la proyección cuando apareció Buda, con su mano derecha alzada de un modo extraño.

—No había visto nunca un Buda en esa postura —musitó la espía.

—¿Qué postura? Supongo que se refiere a la de la mano.

—Desde luego. No es un gesto que pudiéramos llamar… budista.

—Parece que nos esté saludando —comentó Cavanagh.

—¿Usted cree?

—Oh, sí… Es como si supiera que usted está aquí, y le enviara un admirado saludo.

—Buda es muy amable y cortés —sonrió secamente Brigitte—. Y, cortesía por cortesía, saldré inmediatamente hacia Formosa… para devolverle el saludo a Buda.

Capítulo II

Los miles de millas que separan Nueva York de Taipeh, capital de Formosa, fueron cubiertos en confortables vuelos de *jet* por la más internacional espía del mundo. Desde Taipeh a Tainan, la primera al norte de la isla, la segunda en el sudoeste, hay unos doscientos cincuenta kilómetros, que «Baby» recorrió en un auto comprado en la capital, por casi mil dólares, usado pero en perfectas condiciones. Tuvo que recorrer toda la franja de llanura baja al Oeste de la isla… Y por allí empezó a llover. No un chaparrón o una llovizna, sino lluvia. Torrencial, tormentosa, gruesa y caliente, como corresponde a un lugar situado de lleno en el Trópico de Cáncer, que divide Formosa en dos mitades casi iguales.

En general, casi toda la isla de Formosa está sometida a la corriente cálida de Kuroshiwo; luego, están los monzones. De noviembre a abril, los monzones soplan en dirección Nordeste. De abril a noviembre, el monzón del Sudoeste vierte sobre Formosa lluvias continuas y abundantísimas.

En determinado momento, a la altura de Chiai, la lluvia fue tan espesa que Brigitte tuvo que apartar el coche de la carretera, refugiándose bajo un grupo de altísimas tecas. Cuando detuvo los limpia-parabrisas, que se habían mostrado inútiles para apartar del cristal la torrencial lluvia, tuvo la impresión de estar en una campana sumergible. El coche resonaba con fuerza ensordecedora bajo los millones de gruesas y calientes gotas tropicales. La visibilidad era nula.

Pero media hora después lucía el sol, tras la asombrosa tormenta que había durado poco más de una hora, si bien alcanzó su mayor fuerza en la mitad, momento en que la espía tuvo que desistir de continuar el viaje.

Mas, naturalmente, una lluvia más o menos fuerte no sería lo que detuviera la marcha de la agente «Baby», de modo que, hacia

las cuatro de la tarde, entraban en Tainan, antigua capital de Formosa, lugar que ocupa en la actualidad Taipeh. Sin embargo, Tainan sigue siendo muy importante, con sus doscientos cincuenta mil habitantes su vida industrial y su no despreciable puerto marítimo en Anping, a unos cuarenta kilómetros, con el cual está unida por ferrocarril.

La población, en su inmensa mayoría chinos y malayos, hablan diversos dialectos de cada una de las razas. También se habla japonés, recuerdo de la dominación nipona dé la isla que llamaron Taiwan, nombre más utilizado que el de Formosa. Formosa, es decir, la Hermosa, debido a la presencia ya lejana de los portugueses en la isla…

El final del viaje de la agente «Baby» fue un hotel en el que se aseguraba que se hablaba inglés. «English spoken», se leía claramente. Lo cual era muy conveniente para la espía, que no estaba acostumbrada a permanecer en lugares cuyo idioma desconociera. La mortificaba un poco ignorar determinado idioma, pero, juiciosamente, una persona, por muy espía y culta que sea, no puede saber todos los idiomas y miles de dialectos de este mundo.

Se entendió bien en inglés con el empleado chino, consiguió una más que aceptable *suite* de dos habitaciones, se bañó, almorzó algo cuya naturaleza prefirió ignorar a pesar de tener muy agradable sabor, y después de colocar todas sus cosas con el orden que era habitual en ella bien repartidas por el dormitorio, durmió un par de horas…

La despertó el ruido de la lluvia, de nuevo torrencial, hacia las siete de la tarde. Se vistió rápidamente, abandonó la *suite*, y en el hotel la proveyeron de un impermeable de plástico, con el cual pudo llegar a relativo salvo de la lluvia hasta el coche estacionado en el *parking* del hotel. Una vez ante el volante, desdobló el plano de la ciudad, también proporcionado en conserjería… Finalmente, su dedito se detuvo en el lugar que le interesaba. No estaba muy lejos, afortunadamente.

* * *

Era, efectivamente, una tienda de modas populares. Tenía dos grandes escaparates que mostraban ya la iluminación azulada de

neón, como una mancha lívida a través de la espesa lluvia que continuaba cayendo. En chino, se veían unos cuantos caracteres incomprensibles para ella, en lo alto de la fachada. Debajo, en letras más bien pequeñas, se leía, en inglés:
«Simpson's.
Dressing-Modes».

Se apeó del coche, lo rodeó y entró precipitadamente en la tienda, envuelta en agua que resbalaba por su impermeable. Una muchacha china se acercó inmediatamente a ella y la ayudó a quitárselo, para colgarlo en una de las perchas que formaban hilera encima de una canal de cinc que llevaba a la calle el agua de los diversos impermeables y paraguas que se veían allí. Luego, la joven china se quedó mirando, expectante, a la hermosa extranjera, muy abiertos los ojos.

—Americana… —dijo Brigitte—. Quiero ver al señor Simpson.

La chinita asintió con la cabeza y se alejó. No cabía duda de que, al menos, había entendido el apellido del propietario de la tienda. Brigitte la estuvo mirando hasta que desapareció por una puerta del fondo y a la derecha. Luego, miró a su alrededor, captando la curiosidad que estaba despertando en una docena de mujeres chinas que examinaban sus futuras compras en el
«Simpson's».
Cuando ella las miró, todas inclinaron la cabeza sobre los vestidos que les mostraban, y continuaron hablando de aquel modo tan… absurdo. ¿Qué necesidad hay de hablar en chino?

—Señorita…

Se volvió lentamente, dejando de mirar los vestidos que colgaban de una gran percha múltiple.

Su mirada pareció chocar con la del hombre, que sonreía con amabilidad muy comercial. Cuarenta años, estatura mediana, recio, ancho de hombros… Ojos oscuros, mentón cuadrado, algunos cabellos grises, Era más bien feo, pero no desagradable.

—Estaba buscando una muñeca —dijo Brigitte, en inglés.

—Perdón… ¿Una muñeca en una tienda de modas?

—Quizá si le digo el nombre de la muñeca usted pueda indicarme dónde las venden, señor Simpson… ¿O no es usted…?

—Oh, sí, sí… Yo soy Simpson. ¿Qué nombre tiene esa muñeca?

—«Baby».

—Ah… Bueno, es posible que podamos… entendernos, señorita… señorita…

—Montfort… —sonrió ella—. Brigitte Montfort. Soy una periodista americana en viaje profesional por Formosa, señor Simpson.

—Entiendo. Bueno, es agradable poder conversar en inglés, y nada menos que con una dama americana. ¿Me aceptaría una copa?

—¿De qué? —Receló Brigitte.

—De *whisky* —rió Simpson—. Pasemos a mi despacho, por favor, «Baby». Supongo que no soy el primero que le dice que tenía muchos deseos de conocerla.

—No. No es el primero. Aceptaré su *whisky*, señor Simpson.

—¿Señor Simpson? —sonrió él fríamente.

—¿Prefiere que le llame Simón?

—Lo prefiero. Eso está mucho mejor. Venga, por favor.

Entraron por la misma puertecilla por la que había desaparecido la dependienta china. Recorrieron un corto pasillo, y Simpson señaló una puerta abierta, a su derecha, cediendo el paso a la espía. Era un despacho lleno de dibujos de vestidos, diseños de diversas clases. Había montones de telas, espejos, zapatos femeninos… Una mesa, tres o cuatro sillas, dos sillones, un ventilador en el techo, en pleno funcionamiento…

—¿Con hielo? —propuso Simpson.

—Sí, desde luego.

—Tengo aquí un mueble-refrigerador. Me costó un poco caro, pero lo necesitaba. Aquí llueve, y llueve, y llueve… y no deja de hacer calor nunca. Es espantoso. ¿Ha traído el microfilm?

—Sí.

—¡Bien!

Simpson sirvió dos *whiskies* con hielo, llevó uno a Brigitte, que se había sentado en un sillón, y él lo hizo ante su mesa de despacho. Bebió un sorbo y se quedó mirando a Brigitte, que sonrió, se quitó un zapato, abrió el tacón y sacó de dentro una pequeña cápsula de plástico, que tiró a las manos de su compatriota. Simpson abrió la capsulita, sacó la tira de microfilm, la estiró y la miró al trasluz. Con el ceño fruncido, optó por sacar un pequeño visor para diapositivas, de un cajón de la mesa. Fue pasando por la ranura el microfilm, muy interesado en su contenido. Por fin, guardó el visor,

enrolló el microfilm de nuevo, lo metió en la capsulita y guardó ésta en su reloj, cuya esfera se alzó al apretar la ruedecita de la cuerda con fuerza hacia dentro.

—¿Y bien? —musitó Brigitte.

—Lo lamento.

—¿No conoce nada de lo que aparece en ese microfilm?

—No. Compréndalo: no es posible conocerlo todo de Formosa.

—Aparecen pesqueros, una villa un Buda…

—Hay muchos pesqueros, muchos Budas, muchas villas…

—Pero no todas están en la costa.

—No, ciertamente Sin embargo, una isla suele tener una considerable periferia de costa, ¿no cree? Y más si es grande como Formosa.

Brigitte frunció el ceño.

—¿Es necesaria su ironía, Simón?

—Perdone… Créame que lo siento, pero no conozco ni el Buda, ni la villa, ni la costa, ni los pesqueros… Sin embargo, puedo descomponer este microfilm en fotografías y repartir éstas entre un grupo de colaboradores que quizá conozcan estos parajes mejor que yo.

—Pues hágalo cuanto antes.

—Esta misma noche. Dispongo en mi domicilio particular de unas cuantas palomas mensajeras, que llevarán el microfilm a un lugar donde será convenientemente aprovechado. Al amanecer, cientos de estas fotografías estarán circulando.

—Magnífico. ¿Ha sabido algo de «Taiwan-Cinco» y Lo Cheng?

—Nada. Mucho me temo que estén muertos. Parece que conseguir este microfilm les costó un precio muy alto. Llevo cuatro noches, y serán cinco con ésta, esperando ver la bengala, pero ya empiezo a desesperar.

—¿Qué bengala?

—Roja. Es una señal convenida con mis hombres, para casos como el presente. Si uno o varios de ellos se han encontrado en peligro, pero finalmente consiguen escapar, y están seguros de que ese peligro ha desaparecido completamente, lanzan una bengala roja que ni la lluvia puede apagar, hacia el oeste de la ciudad. Esa señal puede producirse a cualquier hora del día o la noche, y siempre hay de turno uno de mis agentes chinos vigilando esa

posibilidad.

—Y no ha habido bengalas rojas.

—No. De ser así, habríamos ido al lugar convenido para recoger a los agentes que habían pasado ese peligro.

—Entiendo que tienen un lugar determinado para esa recogida.

—En efecto. Es elemental.

—Sin duda. ¿Qué lugar es ése?

—Cerca de Anping, en la costa, en una parte rocosa. Desde allí es fácil llegar al ferrocarril por un camino discreto. Tengo amigos en el ferrocarril, naturalmente.

—Naturalmente. Bien, Simón, parece que poco nos queda por hablar. De usted depende que yo empiece a trabajar o me tome unas vacaciones en Formosa, sin solucionar este asunto por el cual, según parece, han dado su vida «Taiwan-Cinco» y Lo Cheng.

—Mis agentes encontrarán este Buda y la villa… Así lo espero, al menos.

—Amén. Estoy en el hotel Tamsui. Llámeme allí si consiguen averiguar algo sus hombres.

—Lo haré. ¿No le gustaría cenar conmigo?

—Quizá en otra ocasión.

—No debe sorprenderse por lo que piensen… Sería completamente lógico que un americano y una americana en China aprovechasen la ocasión de estar juntos… Nadie se sorprendería.

—Lo sé. Pero prefiero descansar y meditar, Simón.

—De acuerdo. ¿Acepta que almorcemos juntos mañana, entonces?

—Tampoco. Quiero darme una vuelta por la ciudad, conocerla lo mejor posible.

—Entiendo que parará poco en su hotel…

—Así es.

—Si tuviese novedades que comunicarle, sería difícil localizarla, en ese caso.

—Puede llamarme a mi radio de bolsillo, por la frecuencia de Formosa-veintinueve.

—Bien… Parece que usted piensa en todo, ¿no es así?

—¿Usted no?

—Lo intento.

—Más vale así. Hasta la vista. Simón. Y hágales comprender a

sus hombres que éste es un trabajo que tiene que hacerse a toda prisa.

—Siempre lo hacemos todo a toda prisa, es nuestro trabajo, «Baby». A los pocos segundos de saber yo algo, usted será informada, pierda cuidado. La acompañaré a la salida. Oh… Y le enviaré algunos modelos a su hotel, naturalmente. De regalo.

—Muy amable. Y muy cauto, Simón. ¿Vamos…?

Capítulo III

Bip, bip, bip, bip…

Un fino dedito deliciosamente rematado por el esmalte rosado de la uña, apretó el botón de admisión de llamada en la pequeña radio recién extraída del bolso.

—¿Sí?

—¿«Baby»? Soy Simón… «Taiwan-Uno», concretamente. ¿Dónde está usted ahora?

—Pues estaba en un cine, viendo una película japonesa doblada al chino cuando he notado en mi bolso la vibración de su llamada a mi radio, así que he venido a los servicios para señoras a fin de escuchar lo que tenga que decirme. ¿Es importante?

—Yo creo que sí. Dos de mis agentes chinos han localizado la villa, finalmente.

—¿La que aparece en las micro-fotos?

—Exactamente.

—Magnífico, Simón. ¿Y el Buda?

—Todavía no se sabe nada de eso. Pero debemos suponer que no debe estar muy lejos de esa villa.

—Eso me parece discutible, Simón. Puede que el Buda esté lejos de la villa.

—Todo es posible, sin duda. ¿En qué cine está?

—Si quiere que le diga la verdad, no lo sé. Tampoco sé lo que dicen los protagonistas de la película, ni de qué trata el argumento… Y la película no me parece precisamente un alarde técnico. Pero me he pasado el día dando vueltas por la ciudad, estaba ya cansada, y pensé que sería interesante verla mientras mis pies descansaban. Pero vamos a lo que importa: ¿dónde está esa villa?

—En Makung, una localidad de la isla de Penghu, de las Pescadores, llamadas también Hokogunto.

—Sí, ya sé… Bueno, eso justificaría la presencia de lanchas en la playa el otro día. Seguramente, tanto Lo Cheng como «Taiwan-Cinco» venían de esa isla llamada Penghu.

—Parece lo más lógico. Estuvieron allá, «Taiwan-Cinco» tomó las microfotos, escaparon, fueron descubiertos y perseguidos, y finalmente, ya en la costa de Formosa, alcanzados… y probablemente muertos.

—No podemos estar seguros de eso. Lo que sí es cierto es que Lo Cheng le dejó a usted el microfilm en el árbol hueco señalado como el punto de recogida «Ta-Chi-trescientos ochenta y nueve». Lo demás, se irá sabiendo a su debido tiempo. Ahora, lo interesante es echar un vistazo a esa bonita villa de la isla Penghu. ¿Tiene algún plan al respecto?

—Podemos ir allá en una lancha cuando usted quiera… ¿Qué le parece la idea?

—Es buena —sonrió Brigitte—. Tomaré un taxi o una *rikscha* y estaré ahí dentro de… veinte minutos.

—Será mejor que vaya a buscar su coche. Yo no quiero mover el mío de delante de la tienda, y si tenemos que ir a la costa es mejor hacerlo en vehículo propio.

—De acuerdo. Entonces, tardaré media hora. Oh, está en la tienda, supongo, por lo que ha dicho.

—Desde luego Dejaré la puerta abierta. Entre sin llamar, discretamente.

—Hasta ahora, Simón.

Brigitte cerró la radio, la guardó en el bolsito y salió de los servicios de señoras. En la pantalla, la película continuaba, pero la espía sacó la lengua, en un gracioso gesto de burla y despedida. No entendía ni palabra. Todo eran sonidos como «cho, wo, tong, wun, dang»… ¿Quién sino los chinos podía entender aquello?

Recorrió la sala por el pasillo lateral, hacia la salida, sin el menor tropiezo en la oscuridad desteñida por el resplandor de la pantalla. Cuando salió al vestíbulo, el acomodador chino la miró, impasible, inexpresivo como un chino. Si la mujer americana quería marcharse a mitad de película, era cosa de ella.

Delante del cine tomó una *rikscha* y se hizo llevar al hotel. Allí subiría al coche comprado en Taipeh, y se dirigiría a la tienda de «Taiwan-Uno». Conocía bien el camino, por haberlo recorrido la

noche anterior.

* * *

Cuando detuvo su coche delante de la tienda, volvía a llover, aunque suavemente, no de aquel modo torrencial tan desagradable. Había luz en los dos escaparates, pero la puerta se veía cerrada, con un letrerito colocado con una ventosa en la cara interna del cristal. No hacía falta saber chino para comprender que aquellos caracteres querían decir: «Cerrado».

Y, naturalmente, no había ninguna clienta, ni dependientas. La espía, ya delante de la puerta, la empujó suavemente, con un dedito. La puerta cedió y ella entró velozmente, volviendo a dejar la puerta como la había encontrado.

Fue directa a la puerta del fondo, que sabía la dejaría en el pasillo donde «Taiwan-Uno» tenía su despacho de comerciante americano llamado Simpson. En el pasillo no había luz, aparte de la que salía del despacho por la abierta puerta. Brigitte fue decididamente allá, entró en el despacho, miró hacia la mesa, donde esperaba encontrar a su compañero de espionaje…, y no lo vio.

El despacho estaba vacío.

—Señor Simpson —llamó quedamente.

Silencio.

Un pinchazo dé frío nació de pronto en la nuca de «Baby», y se deslizó veloz como un relámpago por su espalda. Sin vacilar, subió su falda, y despegó la pistolita de cachas de madreperla pegada a su muslo izquierdo con esparadrapo color carne. Dio una lenta vuelta sobre sus pies, mirando a todos lados del despacho: ropas, revistas de modas, sillones, sillas, telas, un biombo que no estaba la noche anterior… y dos maniquíes femeninos que tampoco estaban entonces. Debía haber hecho algunas pruebas durante aquel día.

—Señor Simpson —alzó la voz un poco.

Silencio.

Se acercó a la mesa, lentamente. La rodeó y puso una mano en el sillón giratorio de «Taiwan-1». Todavía estaba un poco caliente, lo cual quería decir que no podía hacer mucho que Simpson se había levantado de allí. En el cenicero había un cigarrillo que se

había consumido solo. Y un vaso que la espía olió cautamente. *Whisky* puro y simple.

De nuevo miró a su alrededor, como fotografiando el despacho con sus azules ojos, ahora congelados, fríos, duros. Finalmente, los dejó fijos en el biombo. Luego fue allá, miró detrás del biombo…

Allí sí estaba «Taiwan-1».

En pie, apoyado en el triángulo que formaban las dos paredes en el rincón. Con los ojos abiertos… y una fea mancha roja que manchaba su blanca camisa. No podía estar más muerto.

«Baby» Montfort no quiso ver más. Dio la vuelta y corrió hacia la puerta, salió al pasillo… Algo blanco pasó ante sus ojos, después de pasar por encima de su cabeza proveniente de su espalda. Justo en el momento en que el gran pañuelo de seda blanca apretaba su garganta, ante ella aparecía un chino, pistola en mano, con la que golpeó la mano de Brigitte, arrancándole brutalmente la pistolita silenciosa. Al mismo tiempo, el pañuelo que apretaba su garganta se tensó más, y tras ella, el personaje que la sujetaba dijo algo que a ella le pareció lo mismo que decían los actores de la película que no había terminado de ver. Sonidos todos iguales para ella: «wo, tong, chu, dang»… Sólo que en esta ocasión ella conocía el argumento, y no necesitaba saber chino para comprender las cosas: le decían que se estuviese quieta.

Es decir, todo lo contrario de lo que solía hacer ella en situaciones como aquélla.

De modo que alzó velozmente su piececito derecho, propinando un salvaje puntapié en el bajo vientre del chino que tenía delante, el cual, fue evidente, esperaba cualquier cosa menos aquella reacción femenina. La aguda punta del zapatito de la espía acertó en un lugar muy doloroso, y el chino pareció saltar como un conejo cazado en plena carrera de huida, encogido, soltando la pistolita, llevándose las manos al vientre y diciendo algo que en su idioma debía significar «¡ay!», o algo parecido.

El otro quiso apretar más, pero recibió un codazo hacia atrás en pleno estómago, que no sólo le dejó sin aire un par de segundos, sino que lo desconcertó durante ese tiempo.

Fue más que suficiente. El brazo derecho de Brigitte fue hacia atrás y arriba, describiendo luego una curva descendente hasta encontrar su manita la nuca del chino, hundiéndose las uñas en la

carne. Luego, una fuerte flexión de cintura hacia delante por parte de la más peligrosa espía del mundo, y el chino salió volando por el pasillo, con un respingo, casi un alarido de sorpresa y espanto.

Todavía con el blanco pañuelo al cuello, Brigitte adelantó dos pasos hacia el otro chino, que estaba de rodillas, tanteando en busca de su pistola. La encontró, crispó sus dedos en ella… La agente «Baby» estaba ante él ahora. Y la manita derecha, rígida, descargó un golpe escalofriante, como un hachazo, en la pelada cabeza amarilla. Se oyó un crujido, y el chino cayó fulminado, como si quisiera hundirse en el suelo… Eso no pudo conseguirlo, pero, ciertamente, sus deseos de ir a visitar a Buda en su Celeste Imperio se vieron cumplidos en aquel momento. Jamás volvería a tener preocupaciones.

El otro, después del viaje aéreo y de rodar por el pasillo casi hasta la puerta que comunicaba con la tienda, se había puesto en pie, y en su mano derecha brillaba ahora un cuchillo. Estaba a menos de tres metros de la espía, y avanzó rápidamente hacia ella, con el arma en alto, amenazante. Brigitte comprendió que los dos chinos habían sido los asesinos de «Taiwan-1», y que a ella la habían estado esperando, pero no para matarla, sino para capturarla viva. Sin embargo, el chino del cuchillo debía haber llegado a la conclusión de que hay presas que no resulta fácil cazar con vida, y por tanto una buena cuchillada, aunque no fuese mortal, podía ser una solución…

De modo que saltó de pronto hacia la espía, lanzando una cuchillada lateral, hacia el costado femenino. Brigitte saltó hacia atrás, esquivando el primer golpe del acero. Uno de sus pies tropezaba con algo duro caído en el suelo en el momento en que el chino, que parecía ir enfureciéndose, saltaba de nuevo hacia ella, ahora con el cuchillo en alto… Parecía muy furioso, dispuesto a terminar de forma fea aquel asunto…

La cuchillada fue dirigida en esta ocasión hacia la garganta de «Baby», con fuerte impulso que llevó al chino contra la espía. Sólo que ésta, que se había inclinado para esquivar la cuchillada, ya no retrocedió más, sino que adelantó un paso, siempre inclinada. Su hombro derecho y la mitad de la espalda golpearon al chino en el estómago, y simultáneamente Brigitte se erguía, velozmente, rabiosamente… El chino salió volando de nuevo, hacia atrás de

Brigitte, lanzado por la vigorosa flexión de ésta. De nuevo cayó al suelo, rebotó, rodó… Se puso en pie de un salto al terminar tan incómodo viaje aéreo, vio a la mujer, inclinada, saltó hacia ella…

La mujer no se irguió esta vez. Simplemente, alzó la manita derecha, con lo que había recogido del suelo.

Plop.

Plop.

El chino se detuvo en seco al recibir las dos balitas de la pistola de cachas de madreperla, justo en el corazón. Soltó el cuchillo, abrió la boca, desorbitó los ojos… y se vino de bruces al suelo, casi tocando con una de sus manos la partida cabeza de su compañero.

Sabiendo muy bien que aquellos hombres no eran importantes, y que nada interesante encontraría sobre sus cadáveres, Brigitte continuó su marcha veloz hacia la salida. Apareció en la tienda con muchas más precauciones que antes en el pasillo, pero… no había peligro allí. Cruzó la tienda, llegó a la puerta, y antes de salir estuvo mirando hacia la calle, a derecha e izquierda. Nada. En cambio, delante mismo de la tienda tenía su coche, en el cual podría escapar de un lugar que no sólo era peligroso, sino muy comprometedor, en aquellas circunstancias. Si la Policía china intervenía, su labor se vería gravemente dificultada.

Se volvió un instante hacia la puerta del fondo.

—Lo siento, Simón —musitó—. Cada uno tiene su hora final escrita en el libro de la Vida. Que Dios te perdone.

Era lo único que podía hacer. Insistir en algo más sería complicarse la vida, arriesgar una misión… que aún no sabía en qué consistía. Colocó de nuevo su pistola en el muslo y abrió la puerta.

Salió de la tienda, corrió hacia el coche, lo rodeó por detrás, entró, sentándose ante el volante…

—Increíble —dijo una voz tras ella, en inglés—. ¿Cómo ha conseguido escapar?

Brigitte quedó un par de segundos inmóvil ante el volante, como abatida. Por fin, suspiró, y se volvió lentamente hacia el asiento de atrás. Bien…: ni siquiera ella podía preverlo todo.

Había dos chinos más. Uno de ellos, de cabeza pelada, la apuntaba con una pistola. Un chino corriente, inexpresivo, idéntico a millones y millones de chinos, mal vestido, flaco. El otro era muy diferente. No podía verlos muy bien, pero sí lo suficiente para notar

la diferencia en el acto. Vestía un traje blanco a estilo americano, corbata, camisa impecable… Cabeza redonda, largos cabellos negros, lacios… Sus ojos eran como dos puntos brillantes en la oscuridad relativa del interior del coche. ¿Realmente era chino? Lo parecía, pero…

—¿Quién es usted? —musitó la divina.

—Un enemigo de usted —brillaron unos dientes blanquísimos, en la semioscuridad—. ¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿Cómo ha conseguido salir usted sola?

—Parece que maté a dos chinos que querían matarme a mí.

—No, no… No querían matarla. Solamente capturarla. ¿De veras los mató? ¿A los dos?

—Sí.

—Parece difícil de creer, ¿no es cierto? Aunque, en verdad, no debemos sorprendernos demasiado: la CIA entrena cada vez mejor a sus agentes secretos. Tenga la bondad de pasar al asiento de atrás, señorita Montfort… ¿Se asombra de que conozca su nombre?

—No demasiado. ¿Salgo del coche y…?

—No, no… Pase por encima de los asientos, por favor. Y le ruego que no intente nada. Preferiría no tener que contemplar su cadáver. Así… Muy bien…

Brigitte había pasado ágilmente al asiento de atrás, quedando entre los dos hombres. El chino vulgar se había retirado lo máximo posible a una punta del asiento, siempre la pistola apuntada hacia ella. El otro, cuyas facciones iba distinguiendo cada vez mejor, se dedicó a registrarla. A manosearla descaradamente, más bien. Con ambas manos recorrió el cuerpo de la espía, sin la menor turbación por su grosero comportamiento. Y lo hizo tan a conciencia, tan completamente, que tuvo que notar el bulto en el muslo izquierdo de Brigitte. Sin hacer el menor comentario, subió la falda de la espía, arrancó la pistolita y la guardó en un bolsillo interior de su chaqueta.

Luego, dijo unas palabras en chino, y el otro hombre le entregó su pistola y salió del coche, directo hacia la tienda de modas del fallecido espía americano Simpson. Brigitte miró hacia allí un instante, pero dedicó en seguida toda su atención al hombre que quedaba junto a ella.

Ahora podía verlo mejor. Tenía los ojos oblicuos, ciertamente,

pero el pliegue de sus párpados era demasiado suave… Tampoco su piel parecía exactamente la propia de un chino auténtico…

—¿Mongol? —musitó Brigitte.

—Exacto —sonrió él—. ¿Americana?

—Exacto —sonrió ella.

—Resulta difícil ocultar la procedencia racial de una persona, ¿no le parece? Aunque debo decirle que muchas personas están convencidas de que soy chino.

—Los mongoles y los chinos son parecidos, ¿no?

—Sí… Hasta cierto punto. Pero, en general, se distinguen. Quiero decir que los distinguen las personas que tienen buena vista y buena cultura. Entiendo que usted, señorita Montfort, es una periodista americana, que está en Formosa en viaje semi-profesional.

—Así es. Un poco de turismo y un poco de trabajo. Resulta muy agradable.

—Pero lo resultaría más si no trabajase usted para la CIA, ¿no está de acuerdo?

—¿Qué tiene de malo la CIA? —sonrió Brigitte.

—Que sus agentes no son bien vistos por nosotros. Nos desagradan.

—Si eso es todo, tranquilícese: no soy de la CIA.

—¿No? ¿Qué me dice…? ¡Qué lamentable error el mío!

—Supongo que no me cree.

—Por favor… ¿Por qué me supone usted tan descortés, señorita Montfort? Si usted dice que no es de la CIA, debo creerla. No importa que, según dice, haya matado a dos de mis hombres, ni que estuviese en contacto con el agente americano dirigente del espionaje de su país en Formosa, ni que vaya armada… ¿Qué puede probar eso contra sus musicales palabras? Nada… Simples coincidencias, ¿verdad?

—Eso es: simples coincidencias.

—Claro… Oh, ahí viene mi fiel Sa Tzu. Veamos qué nos dice.

El chino entró en el coche sentándose ante el volante. Allí, se volvió, y dio una rápida explicación en su idioma al mongol, que escuchó atentamente. En determinado momento, la mano de Sa Tzu se movió en el aire como si fuese un hacha, enérgicamente, y luego señaló su cabeza.

Cuando terminó su explicación, el mongol miró amablemente a Brigitte, pero con una chispa de furiosa sorpresa en sus negrísimos ojos.

—Parece que usted ha matado a uno de mis hombres sólo con las manos, señorita Montfort. ¿«Kung-Fu»?

—Solamente «karate». Espero que usted me disculpe, pero mi situación era realmente apurada… Tenía que defenderme.

—Ciertamente —el mongol dijo algo en chino, y Sa Tzu puso el coche en marcha. La tienda fue quedando atrás—. ¿Todavía insiste en negar que trabaja para la CIA?

—Insisto en ello.

Siempre sosteniendo la pistola con la mano derecha, el mongol metió la izquierda en uno de sus bolsillos, y sacó unas cuantas fotografías, que tendió a Brigitte.

—¿Le sugieren algo estas fotografías, señorita Montfort?

Ella dio la luz interior del coche, las miró un instante y asintió con la cabeza.

—En efecto.

—¿Y bien?

—Son las fotografías que arrebaté a la CIA.

—¿De veras? Tenga la bondad de apagar la luz… ¿Cómo debo entender eso de que usted arrebató estas fotografías a la CIA? ¿Qué explicación convincente se le ha ocurrido?

—Ante todo, si no le importa, me gustaría saber por qué insiste usted tanto en decir que trabajo para la CIA, señor…

—Tabogdo Uras Khan —susurró fríamente el mongol—. Ese es mi nombre. En cuanto a mi insistencia en considerarla de la CIA, voy a decirle los motivos, en efecto… No hace muchos días, dos hombres estuvieron en un lugar que no les convenía… Fueron perseguidos, a pesar de que yo no sabía entonces que habían tomado microfotos. Los alcanzamos cerca de la costa de Formosa, y allá, uno de ellos, americano, fue muerto a balazos, todavía a borde de la lancha…

—Oh, creo que conozco esa historia, Uras Khan.

—¿Sí? Prosiga entonces, por favor.

—El otro hombre que iba en la lancha era un chino, llamado Lo-Cheng. Él consiguió llegar a la playa, pero casi al mismo tiempo lo hacían las dos lanchas que habían venido persiguiéndolo desde

Penghu, según creo Lo-Cheng huyó a la jungla, y una docena de hombres fueron tras él, bien armados… Sin embargo, no se dieron cuenta de que Lo-Cheng escondía algo en un árbol cuyo tronco está hueco, y que luego continuaba la fuga. ¿Voy bien?

—Muy bien. ¿Cómo sabe todo esto, si no es de la CIA?

—Yo estaba vigilando al americano de la CIA y a Lo-Cheng hacía días. Sabía que estaban preparando algo… De modo que les esperé en aquel punto de la playa a su regreso. Estaba convencida de que volverían por el mismo sitio del cual habían partido…

—¿Por qué no los siguió hasta la isla Penghu?

—Es una distancia excesiva para recorrerla a nado, ¿no cree, Uras Khan? Además, aunque soy buena nadadora, no hubiese podido ir a la velocidad de la lancha.

—Cierto —sonrió secamente el mongol—. ¿Qué más?

—Bueno… Yo vi todo lo que ocurría en la playa, vi a Lo-Cheng esconder, algo en el tronco hueco de un árbol, esperé a que él y sus perseguidores se alejasen, y fui a ese árbol. Encontré una cápsula de plástico, con un microfilm dentro. Me la quedé, naturalmente. Estaba a punto de alejarme del árbol hueco cuando oí rumor cerca de mí… Me escondí, y al poco apareció el señor Simpson, el dueño de la tienda de modas… Lo vi buscar durante algunos minutos en el tronco del árbol, y luego alejarse, decepcionado. Detrás de él, me fui yo. Lo seguí hasta donde había dejado su coche, y lo dejé marchar. Yo conocía ya al señor Simpson, porque le había visto dos días antes con Lo-Cheng, al cual yo vigilaba…

—No comprendo esto. ¿Por qué vigilaba usted a un chino que trabajaba para la CIA?

—Precisamente por eso: porque trabajaba para la CIA Queríamos saber qué estaban tramando en todo momento…

—¿Queríamos? ¿A quiénes se refiere usted, señorita Montfort?

—A nosotros, a mi grupo: el WEK. O sea, *World Espionnage Kaleidoscopical*[1].

—¿«Caleidoscopio de Espionaje Mundial»? Jamás oí hablar de esta organización.

—Bueno, nosotros tampoco habíamos oído hablar de usted hasta ahora, y, sin embargo, usted existe, ¿no es cierto?

—Cierto e indudable —musitó Uras Khan—. Prosiga usted, se lo ruego. La historia empieza a interesarme.

—Con el microfilm en mi poder, marché a Estados Unidos. Allá, el microfilm fue revelado, pero ninguno de mi organización comprendió qué importancia podía tener. Evidentemente, sólo el señor Simpson, de la CIA, podía saber qué significaba y cuánto valía un microfilm en el que se veía un Buda, algunos pesqueros chinos, una villa, unas islas, una costa… Entonces, volví a Formosa, en avión. Dejé éste en Taipeh, compré allí un coche y vine con él hasta Tainan. Anoche fui a ver al señor Simpson, le entregué un microfilm copia del que yo había recogido en el árbol hueco, y le dije que quería por él un millón de dólares.

—Pero si ya se lo había entregado…

—Una copia El trato fue éste: el señor Simpson debía decirme esta noche si aceptaba el trato. Si no pagaba el millón de dólares, yo vendería el mismo microfilm a China, lugar donde, evidentemente, había sido filmado. De este modo, China sabría lo que la CIA había fotografiado, y tomaría las medidas convenientes para que la CIA no obtuviese provecho de ello. En cuyo caso, un agente americano y un chino nacionalista, trabajando juntos, habrían muerto para nada. Por otra parte, nosotros, la WEK, calculamos que el microfilm debía ser muy valioso, y que la CIA pagaría con tal de que China no supiera que ellos tenían tal microfilm.

—¿Me está diciendo que ustedes se han atrevido a hacer un chantaje a la CIA?

—Exactamente. Si ellos pagaban, China no recibiría una copia del microfilm tomado por el americano y Lo-Cheng. Si ellos no querían pagar el millón de dólares, nosotros venderíamos el microfilm al Servicio Secreto chino.

Tabogdo Uras Khan sonrió fríamente.

—¿Usted cree que China pagaría ese dinero por un microfilm que contiene cosas que nada significan?

—No significan nada para nosotros, para el WEK Pero sí podrían significar mucho para la CIA.

—Entiendo… En definitiva, lo que ustedes quieren es un millón de dólares por el microfilm, y les da lo mismo que esa cantidad la pague la CIA o el Servicio Secreto chino.

—Así trabajamos nosotros, en ocasiones. Somos profesionales del espionaje privado, Uras Khan. No vamos a favor de nadie ni en contra de nadie: sólo queremos ganar dinero.

—Entiendo, entiendo… ¿Aceptó pagar el señor Simpson?

—Anoche me dijo que hoy me daría una respuesta, después de que examinasen el microfilm. Me entregó una radio de bolsillo, diciéndome que me llamaría por ella citándome para la segunda entrevista. Y me llamó esta tarde, cuando yo estaba en un cine…

—Sabemos eso. Desde anoche, señorita Montfort, usted ha estado bajo nuestra vigilancia. Exactamente, desde el momento en que salió de la tienda de modas.

—Eso quiere decir que vigilaban a Simpson… ¿Cómo lo localizaron?

—Uno de los dos hombres que tomaron la película no está todavía muerto, señorita Montfort.

—¿Y él delató a Simpson?

—Desde luego. Tardamos dos días en… «convencerle», pero lo hizo al fin. Para entonces, evidentemente, comprendimos que Simpson ya habría hecho algo con el microfilm, y al interrogar a nuestro prisionero a este respecto, dijo que, en efecto, Simpson habría enviado la misma noche de la persecución el microfilm a Estados Unidos. Por tanto, yo decidí que, más que eliminar a Simpson, convenía vigilarlo, esperar que la CIA le enviase a alguien con aclaraciones sobre el microfilm. Cuando usted estuvo anoche con él, comprendimos que era usted la persona enviada y nos dedicamos a vigilarla también, sin ningún resultado. Entonces, decidimos no esperar más, y atraparlos a usted y a Simpson, para que nos dijeran qué conclusiones había obtenido la CIA sobre el microfilm, a fin de tomar nuestras medidas preventivas. Estuvimos esperando a que Simpson cerrase la tienda… Y tuvo la amabilidad de dejar la puerta abierta. Con lo cual no sólo conseguimos entrar, sino que comprendimos que la estaba esperando a usted. Cuando mis hombres entraron, Simpson estaba examinando las fotos que le he mostrado… No lo sorprendieron tan completamente como yo habría deseado, y tuvieron que matarlo. Entonces, me quedé con las fotografías, su pistola y su radio de bolsillo, y… ordené a mis hombres que la esperasen a usted dentro, que la capturasen viva a fin de interrogarla sobre lo que la CIA pensaba sobre el contenido del microfilm.

—Comprendo… Sólo que usted se ha equivocado, Uras Khan. La CIA no tenía, hasta anoche, la menor noticia sobre el microfilm. Es

de suponer que ahora sí deben tener una copia del que yo entregué a Simpson.

—Una gran imprudencia por su parte, señorita Montfort. Sin embargo, estoy convencido de que la CIA no sacará nada en claro de estas fotografías.

—Mejor para usted. Creo que le he prestado un servicio, Uras Khan… ¿No le parece?

—¿Un servicio usted a mí? ¿Cuál?

—Gracias a mí tiene las fotografías del microfilm, y sabe con seguridad que la CIA… con él, no se enterará de nada. Le he evitado una incertidumbre en sus planes que podría ser… muy molesta. ¿No?

—Pues… sí. Sí —sonrió el mongol—. Debo admitirlo.

—Pero no me pagará el millón de dólares que mi organización quiere ganar en este asunto.

—Lo pensaré —sonrió de nuevo el mongol—. Un millón de dólares es mucho dinero… ¿Está usted sola en Tainan, o en Formosa? ¿Nadie más que usted de su organización está en la isla?

—Nadie más. Lo cual me pone en un grave aprieto, ¿no es así?

—Temo que sí. Pero creo que me está mintiendo… En todo. En primer lugar, su organización no enviaría sola a una muchacha, nada menos que a Formosa…

—Señor Uras Khan: usted se asombraría de la confianza que tienen en mí los de mi organización. Jamás he fallado.

—Hasta ahora.

—Bueno… —«Baby» sonrió dulcemente—. No se puede decir que ya esté todo terminado, me parece a mí. Yo confío en que entre los dos podamos encontrar una solución que nos satisfaga a ambos.

—Lo dudo. Sigo pensando que usted es de la CIA Esa es la verdad, señorita Montfort.

—Se equivoca. Y me gustaría poder demostrárselo de alguna manera… Póngame a prueba, Uras Khan. Lo que sea. Todo lo que yo quiero es un millón de dólares. A cambio dé él, mi organización y yo estamos dispuestos a colaborar con usted hasta finalizar este asunto, si es preciso. Póngame la prueba que quiera. Si queda satisfecho, me da un millón de dólares y me deja libre. Si después de todo sigue pensando que soy de la CIA, mátame. ¿Qué más puedo decirle?

—¿Haría usted lo que yo le ordenara?

—Por un millón de dólares y mi vida, desde luego. Oh, vamos, usted tiene que darme una oportunidad, Uras Khan. Póngame a prueba… Lo que usted quiera. Soy una espía eficiente, audaz… Uso la inteligencia.

—Y las manos —replicó secamente Tabogdo Uras Khan.

—¿Qué quería que hiciese? ¿Dejarme matar por sus hombres? ¿Lo habría hecho usted, acaso?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces…? Además, eso le prueba lo que he dicho: soy una espía eficaz, bien entrenada… No temo a nada ni a nadie. Llevo más de once años en la profesión… En la WEK tenemos una norma de conducta que puede definirse con dos palabras: dinero y supervivencia. Para conseguir esto somos capaces de todo.

—¿De todo?

—Absolutamente de todo, Uras Khan.

El mongol permaneció pensativo durante casi un minuto, mirando como hipnotizado los ojos de la espía. El coche rodaba ya fuera de la ciudad de Tainan, y Brigitte sabía que se dirigían hacia la costa…

—De acuerdo —dijo de pronto el mongol—. Le voy a conceder una oportunidad de ayudarme. Si lo hace bien, tendrá su vida, señorita Montfort.

—¿Y el millón de dólares…?

—Olvídelo. ¿No es bastante precio su vida?

—Para mí, más que suficiente. Espero que me crean en la WEK De todos modos, gracias, Uras Khan Estoy a sus órdenes.

Capítulo IV

Finalmente, el coche se detuvo bajo un espeso grupo de árboles tropicales, y tres o cuatro hombres aparecieron bajo la lluvia, que volvía a ser espesa, fuerte, torrencial. Brigitte no los vio hasta que estuvieron junto al coche, pegados a él.

Uras Khan bajó unas pulgadas el cristal de la ventanilla y dio unas órdenes, en chino. Todos los hombres desaparecieron de junto al coche, pero regresaron a los pocos segundos, con unos grandes paraguas abiertos.

—Reconozco —dijo el mongol— que va a ser un poco incómodo, señorita Montfort. Pero, sin duda, usted está acostumbrada a situaciones aún más molestas que esta lluvia monzónica.

—¿Tendremos que caminar bajo la lluvia?

—Sólo hasta que lleguemos a mi lancha particular, varada en la orilla. Pero no se preocupe: una vez en mi villa, usted dispondrá de todas las comodidades necesarias para olvidar muy pronto este pequeño contratiempo… climatológico. ¿Vamos?

Salieron los dos del coche. Uras Khan ya había guardado la gran pistola automática que en principio tuviera Sa Tzu en la mano. Parecía confiado y tranquilo, con lo cual demostraba una aguda inteligencia que, forzosamente, la espía internacional tenía que notar. Estaba bien claro que Uras Khan no temía que ella escapara. Con lo cual demostraba claramente dos cosas. Una: que no era de los que desaprovechan una posible colaboración a sus intenciones. Dos: que quería demostrar a la espía internacional que confiaba en ella. Naturalmente, de ambas cosas, Uras Khan esperaba obtener beneficios. Por otro lado, si ella intentaba escapar, su muerte era segura. Contándolo a él, había seis hombres en aquella playa. Seis hombres bien armados, que acorralarían a «Baby» sin remisión, matándola después que ella habría demostrado que todas sus palabras anteriores habían sido mentira.

Así, pues, Uras Khan no temía nada, y, por el contrario, estaba dispuesto a concederle un margen de confianza, del cual sólo obtendría ventajas.

Caminando por la mojada arena, que se endurecía al apretarse los granos unos contra otros, llegaron a la playa. Casi era imposible ver allí, con la quilla pegada a la arena, la lancha blanca, de buena eslora y manga que indicaba su gran estabilidad en el agua. Desde proa echaron una escalerilla de madera, y el mongol se volvió hacia Brigitte, señalándola, mientras daba otra orden. El chino que sostenía el paraguas que protegía a Brigitte de la lluvia, se lo entregó y ella subió a bordo, sin mojarse demasiado, mientras el oriental quedaba en la orilla, empapándose. Luego subió Uras Khan, con otro paraguas, que es tanto como decir que otro chino quedó mojándose, empapándose completamente bajo el cálido diluvio.

Había dos hombres a bordo, que fueron los que abrieron la doble compuerta que llevaba al interior de la lancha. Otra vez fue Brigitte la primera en entrar, dejando el paraguas en manos de uno de los chinos. Uras Khan entró después, dejando también su paraguas afuera. La doble puerta fue cerrada, y ambos descendieron por la corta escalerilla de madera negra, brillante. Parecía laqueada.

Abajo había otro chino, esperando. Pantalones y chaquetilla blanca, impávido, inexpresivo. Uras Khan habló de nuevo en chino, y el hombre desapareció del pequeño saloncito de la lancha… llevándose las dos pistolas que le entregó el mongol: la de Brigitte y la otra, la gran automática que parecía propiedad de Sa Tzu.

El mongol señaló un par de pequeños y aparentemente confortables silloncitos de junco, colocados ante una mesita de auténtica laca china, de patas desusadamente largas.

—Será mejor que nos sentemos —dijo—. El viaje durará una hora, aproximadamente.

—¿Vamos a Penghu?

—En efecto. ¿Le gusta la cerveza holandesa?

—Francamente, prefiero el champaña francés.

—Lamento no poder complacerla. De todos modos, si la cerveza no le gusta…

—Tomaré cerveza holandesa —dijo Brigitte—. Tengo la impresión, Uras Khan, de que está pensando en hablar seriamente conmigo, exponiéndome ciertas… condiciones.

—Sí. Naturalmente, parto de la base de que usted está dispuesta a colaborar conmigo a cambio de su vida.

—Supongo que soy un poco estúpida por confiar en su promesa, pero, realmente, no tengo otra alternativa. Dígame, ¿quién es usted? ¿Qué hace un mongol trabajando para el Servicio Secreto de la China de Mao?

Se sentó, y se quedó mirando a Uras Khan, que empujó hacia ella una cajita de plata con incrustaciones de perlas y rubíes. «Baby» la abrió, y alzó las cejas al ver los cigarrillos superlarqos procedentes de Turquía, de la firma «Abdallah». Tomó uno… y aceptó la llama que le tendía Uras Khan, el cual, luego, encendió otro cigarrillo para sí.

Luego, dijo:

—No he admitido que trabaje para el Servicio Secreto chino, señorita Montfort.

Ella se quedó mirándolo con amable ironía.

—Es cierto —admitió, sonriendo—. Pero me pregunto para quién puede trabajar si no es para la China comunista.

—Parece que usted considera exclusivo el privilegio de ser una espía sin… inclinaciones nacionales. Usted espía por dinero, al servicio de su organización… ¿Qué le hace suponer que yo no puedo ser, también, un espía… particular?

—Nada. Realmente, nada. Pero su personalidad me tiene intrigada, Uras Khan.

—¿De veras? Bueno, no es nada extraordinario, en realidad. Soy un mongol que partió de Mongolia hace muchos años, estuvo en China, en Filipinas, en Japón, en la India, en Siberia, Borneo, Australia… Lo que los occidentales llaman el Sudeste asiático es muy conocido por mí. Siempre fui un muchacho ambicioso… Aprendí inglés, alemán, francés, un poco de ruso, algo de español… Poco a poco, fui… escalando algunos peldaños bastante importantes. Hoy día, Tabogdo Uras Khan es un hombre bastante conocido y considerado en ambas Chinas. Me refiero a la de Mao y a la de Formosa. Sin embargo, mis actividades son más bien… comerciales. He tenido buen cuidado de no mezclarme jamás en discusiones políticas o de cualquier otro tipo comprometedor.

Brigitte miraba atentamente al mongol. Ahora, a la plena luz del saloncito de la lancha, podía verlo muy bien. Era apuesto, de

hombros anchos, cabeza muy redonda, ojos grandes e inteligentes… Debía tener quizá cuarenta años, y hasta un poco menos. Vestía bien, hablaba el inglés con más que aceptable corrección, y sus modales eran dignos de tenerse en cuenta. Un hombre notable, en verdad.

—Supongo que todo ha sido hecho con objeto de no despertar la desconfianza de nadie —musitó la espía.

—Lo admito. Hasta los veinticinco años, pasé hambre… No el hambre que se supone existe en el Sudeste asiático, sino un hambre absoluta de todo, un hambre espantosa. No de comida solamente… Hambre de todo. No sé si me comprende…

—Le comprendo perfectamente. Es usted ambicioso, quería algo, y finalmente lo ha conseguido, o lo está consiguiendo.

—¡Bien! —Los ojos del mongol brillaron intensamente—. Usted posee una gran agudeza psicológica. Es cierto. Quería algo, casi lo he conseguido, y, en esta ocasión, estoy jugándome mi baza final. No puedo fracasar. No debo fracasar, señorita Montfort.

—Lo entiendo.

—Y, para ello, quiero contar con usted.

Brigitte pareció quedar sorprendida. En realidad, estaba más atenta a lo exterior que a lo que ocurría en el saloncito de la lancha. Ésta se había puesto ya en marcha hacía un par de minutos, y estaba bien claro que navegaban por aguas tranquilizadas por la abundante y espesa lluvia monzónica. Naturalmente, hacia Penghu, la isla donde estaba la localidad llamada Makung, en la cual se hallaba la villa que aparecía en el microfilm, y que, no cabía duda, era propiedad de Uras Khan.

—Ya le he dicho que mi vida es un buen precio para trabajar para usted, Uras Khan.

El camarero-cocinero chino apareció, llevando una bandeja con dos vasos y una lata de cerveza holandesa. Dejó la bandeja sobre la mesita laqueada, perforó la lata de cerveza…

—Como le he dicho antes —musitó el mongol—, tenemos casi una hora de viaje. Durante esa hora, señorita Montfort, yo voy a darle a usted unas instrucciones determinadas, todas las cuales, obviamente, van destinadas a la consecución de mis proyectos. Quiero desde ahora hacerle comprender que no la voy a informar de nada que no considere absolutamente necesario para el trabajo

que usted tendrá que realizar. Tampoco contestaré a sus preguntas. Usted, simplemente, va a escucharme, dirá si comprende mis instrucciones, y, en su momento, las cumplirá. Si lo hace bien, podrá volver con sus amigos del… de la…

—Del WEK.

—Eso es.

—Parece evidente, Uras Khan, que usted no piensa hacerme partícipe de sus planes.

—En modo alguno —el mongol entornó los ojos—. Solamente voy a utilizarla. ¿No está de acuerdo?

Brigitte tomó uno de los vasos, con cerveza holandesa que parecía agradablemente fría. Lo alzó, sonrió, y musitó:

—Le repito de nuevo, Uras Khan, que mi vida es muy buen precio para cualquier trabajo. Soy una profesional. Usted deme órdenes e instrucciones. Lo demás corre dé mi cuenta.

—Magnífico —también el mongol alzó su vaso—. Quiero brindar por mis planes, si le parece bien.

—Por sus planes… —sonrió Brigitte—. Y por mi vida. Chin-chin, Uras Khan.

* * *

La lancha se detuvo en un embarcadero de tablas, y Brigitte y Uras Khan salieron de ella, recibiendo inmediatamente la protección de sendos grandes paraguas. La espía comprobó que de los cuatro chinos de la playa dé Formosa, tres estaban allí. El otro se debía haber quedado con Su Tzu, regresando a Tainan en el coche, sin duda con instrucciones concretas de parte del mongol.

Todavía había dos chinos más, en el embarcadero, esperando. Llevaban unos grandes impermeables de plástico y gorras del mismo material. Bajo los impermeables se notaban unos bultos alargados, demasiado grandes para ser pistolas. Seguramente, subfusiles.

Dos chinos se quedaron en la lancha, y los otros cuatro acompañaron al mongol y a la norteamericana hacia la casa que se veía no muy lejos, encendidas muy pocas luces. Efectivamente, por lo poco que pudo ver, aquélla era la villa. Abundaban los bambúes y las flores, que parecían agobiadas por el peso de la lluvia,

Después, ya más cerca de la casa, Brigitte vio la piscina, y cerca de ella los estanques con lotos. Los estanques estaban protegidos por grandes toldos de plástico corredizos, de modo que la lluvia no podía maltratar los lotos.

Y, por fin, la casa, que era más grande de lo que parecía desde la playa. Bien cierto era, sin embargo, que las pocas luces encendidas no permitían divisar el auténtico contorno de la desigual construcción… «Baby» no pudo ni siquiera entonces verla bien, pero eso no tenía ninguna importancia, de momento.

Había un gran porche blanco, con flores en grandes tiestos rectangulares. Crisantemos la parecieron. Y una vez dentro de la casa, quedó un instante atónita ante el sencillo lujo. El suelo era de finos mosaicos negros, había un par de muebles de laca, una esterilla y unos pocos grabados en las paredes. La iluminación era indirecta. El vestíbulo, amplísimo, ya daba una idea de lo bien que sabía vivir Uras Khan.

Se quitaron los impermeables, que quedaron a cargo de los chinos que les acompañaban, los cuales desaparecieron silenciosamente. El mongol se quedó mirándola fijamente.

—¿Está dispuesta?

Ella asintió con la cabeza, y él señaló hacia el fondo del vestíbulo, donde se veía la entrada a un pasillo. Lo recorrieron en silencio, los dos solos, demostrando una vez más el mongol que no tenía preocupaciones respecto a una posible huida de la espía. Era fácil llegar a la conclusión de que, de un modo u otro, aquella villa resultaba poco menos que una fortaleza bien protegida y vigilada. A cada segundo que transcurría, la espía internacional iba comprendiendo más y más que no estaba ante un espía de escasa importancia, sino ante un hombre que estaba planeando algo grande, algo ambicioso. Lo cual había comprendido ya al recibir las instrucciones de Uras Khan durante la corta travesía.

En aquellas circunstancias, «Baby» tenía dos alternativas… Una de ellas, la más expeditiva, era matar en aquel mismo momento al mongol. Sabía que podía hacerlo. Pero esta alternativa tema el peligro de que Uras Khan no fuese el cerebro director de todo lo que se estaba tramando, en cuyo caso ella moriría a manos de los chinos que vigilaban la villa sin haber llegado al fondo de la cuestión, y por tanto sin poder impedir ya los planes que estuviesen en plena

marcha. Por tanto, era una solución que ya había descartado.

La otra alternativa, mucho más astuta y con la cual quizá ya estaba contando Uras Khan, era secundar los planes de éste, hasta ir enterándose de todo. Y actuar entonces, destruyendo sus planes por la base, completamente. Por tanto, ella obedecería a Uras Khan.

Al fondo del pasillo había una puerta de papel pintado, con flores y pájaros. Uras Khan la abrió, y salieron a un patio cubierto por un espeso techado de cañas de bambú, dispuestas de tal modo que el agua no lo atravesaba, resbalando por los bambúes fuera de los límites de: jardín. Y a la izquierda de éste, un pequeño cobertizo, también de cañas de bambú.

Llegaron allí. Uras Khan llamó, y la puerta de cañas gruesas hasta alcanzar un diámetro de cuatro o cinco pulgadas, fue abierta. Había un chino dentro del cobertizo, que se apartó. Tenía una metralleta de fabricación rusa en la mano izquierda; pero, evidentemente, el arma rusa no quería decir nada… ¿O sí?

Uras Khan dio unas órdenes, y el chino alzó una trampilla de madera del fondo del pequeño cobertizo. Esta vez fue Uras Khan el primero en descender, por los peldaños de piedra. Cuando llegaron abajo, había dos chinos más, estos armados con pistolas, que miraron inexpresivamente a Brigitte, y, por supuesto, no hicieron ningún comentario.

Tampoco Brigitte podía hablar.

Había palidecido intensamente, y sus ojos estaban fijos en el hombre que colgaba de la pared… Es decir, lo que quedaba de aquel hombre. Pendía de la pared sujeto por las muñecas a unos grilletes dé hierro colocados a una altura tal que sus pies no podían llegar al suelo. Al mismo tiempo, los grilletes estaban separados de modo que los brazos estaban muy abiertos, por lo que la suspensión continuada en aquella postura debía estar desgarrando lentamente los músculos de la espalda, pecho y hombros.

Pero no era eso todo. El cuerpo del hombre, un chino, estaba lleno de quemaduras y golpes; le faltaba un ojo y las dos orejas… Su cabeza, su rostro, era una visión tan horrible que «Baby» no pudo evitar un fortísimo estremecimiento.

—¿Lo conoce? —preguntó Uras Khan, en voz innecesariamente alta.

Brigitte reaccionó rápidamente. Allí empezaba el plan que le

había ordenado Uras Khan, y ella tenía que seguirlo. No conocía a aquel hombre, pero sabía que sólo podía tratarse de Lo-Cheng, el compañero de «Taiwan-5», agente de la CIA, muerto días antes cerca de la playa de Formosa.

Ella miró entonces hacia la puerta que se veía a la derecha, y que tenía una reja de tres barrotes verticales, de modo que dentro de aquella celda podía entrar el aire y la luz del exterior, o sea, del sótano en general…

—Debería decir que no —dijo roncamente, sin fingir—. Pero, aunque esté tan mutilado, sí, lo conozco. Es Lo-Cheng.

—Bien —dijo secamente el mongol—. Observe que no le he mentido. Lo Cheng se resistió muy bien durante un día o poco más a decirnos lo que queríamos saber, pero al final lo hizo. ¿No la hace recapacitar el estado de Lo-Cheng, señorita Montfort?

—No.

—Piénselo bien… No me gustaría hacer con una mujer lo que he hecho con Lo-Cheng, pero si usted me obliga…

—No le diré nada. Uras Khan.

—Le daré tiempo para recapacitar. Subiré a cambiarme, cenaré… Quizá la invite a cenar, señorita Montfort. Se me ocurre que antes de dejarla como está ahora Lo-Cheng, usted es… demasiado hermosa para no concederle… diversas oportunidades. De momento, la dejaré una hora o dos, para que piense bien lo que le conviene.

—Está perdiendo el tiempo —replicó fríamente Brigitte, siempre de acuerdo a lo convenido con el mongol.

—Yo creo que no. Fíjese bien en Lo Cheng, piense, y esta noche me dará una respuesta en terreno amistoso. A partir de mañana, si usted no me ha explicado qué sabe la CIA de mis asuntos y quiénes son los agentes que han venido con usted y dónde están, temo que mi… cortesía se reducirá considerablemente.

—¡Puede ahorrársela desde ahora mismo!

—No, no… Le seré sincero: su vida no me importa en absoluto. Esto quiere decir que usted no saldrá viva de aquí, de mi casa. Usted, señorita Montfort, está condenada a muerte. Sin embargo, piense en la diferencia de morir de un disparo en el corazón, o morir como está muriendo Lo Cheng, con las orejas cortadas, un ojo reventado, los músculos desgarrándose, los huesos

descoyuntándose, sin beber, sin apenas dormir…

—¿Por qué no lo matan de una vez? —preguntó Brigitte, tensa la voz—. Él ya no podrá decirles nada más. Gracias a él pudieron asesinar a «Taiwan-Uno» y capturarme a mí cuando hacía contacto con él… Lo Cheng ya no les va a servir de nada…

—Es cierto. Pero su tardanza en contestar a mis preguntas me ha perjudicado un poco. Si él hubiese hablado antes, quizá usted ya estaría muerta, sus compañeros también, y yo estaría ya al corriente de los planes o conocimientos que la CIA tiene sobre mí. Y puesto que Lo-Cheng fue reacio a complacerme, yo le correspondo del mismo modo… Ahora, señorita Montfort, piense durante una hora o dos: o morir de un disparo después de haber contestado a mis preguntas…, o morir como está muriendo Lo Cheng después de habérmelo dicho todo, de todos modos. Recapacite.

Dio una orden en chino, y uno de los orientales asió a Brigitte de un brazo y la llevó hacia la puerta de la celda independiente que se veía a un lado. El otro chino abrió aquella puerta, y Brigitte fue empujada rudamente al interior, cayendo al suelo.

La voz de Uras Khan se oyó dentro de la celda, al mismo tiempo que se veía al mongol al otro lado de la reja y se oía la cerradura al girar:

—También aquí dentro encontrará un buen ejemplo de mis modales cuando me disgustan, señorita Montfort. Hasta luego.

De nuevo se le oyó dar órdenes en chino, y la celda se iluminó inesperadamente.

Todavía sentada en el suelo, la espía miró hacia la pared de enfrente a la puerta, y de nuevo palideció y se mordió los labios. Sabía lo que iba a encontrar allí, pero la impresión era demasiado fuerte. Al parecer, Lo Cheng no estaba solo en su doloroso destino.

Capítulo V

Había tres chinos más allí dentro, casi desnudos, también golpeados y torturados, aunque ni mucho menos en la proporción del desafortunado Lo-Cheng, que estaba pagando bien caro su servicio a favor de la C1.A.

Los tres estaban sentados en el suelo, apoyados de espaldas en la pared y sujetas sus manos a ésta por los correspondientes grilletes de hierro y cadenas. Tenían sangre en el pecho y en la cara, sus rostros estaban demudados, desencajados. Uno de ellos tenía los pies casi en carne viva, a fuerza de llagas producidas, al parecer, por hierros al rojo vivo. Pero, tanto éste como los otros dos, permanecían impasibles, fijos sus negros ojos en la recién llegada compañera de celda.

—¿Quiénes… quiénes son ustedes? —musitó Brigitte.

Ninguno de ellos contestó. Continuaron mirándola fijamente, y eso fue todo.

—¿Son de Formosa? —insistió ella.

Sin respuesta. Brigitte los miró de uno en uno, lentamente, mostrando una cierta desconfianza en su expresión, que tuvo que ser captada por los tres chinos. La edad de éstos parecía no alcanzar los cuarenta años, aunque era un poco difícil definir esto, debido a sus características raciales y al estado en que se hallaban sus rostros, llenos de coágulos de sangre.

—¿No hablan inglés? —insistió de nuevo Brigitte.

Por fin, uno de los chinos parpadeó lentamente. Sus labios apenas se movieron cuando musitó:

—Hablamos un poco inglés.

—¿Son de Formosa? ¿Quiénes son? ¿Qué tracen aquí?

—Prisioneros de Uras Khan, como usted, señorita Montfort.

Brigitte miró hacia el rectangular ventanuco vertical, y luego de nuevo al chino, entornando los ojos.

—¿Nos ha oído? —susurró.

—Sí. Entendemos que usted es de la CIA americana.

Brigitte volvió a entornar los ojos, y un destello de bien simulada desconfianza apareció en ellos.

—Eso es lo que dice Uras Khan, no yo.

—Si usted hizo contacto con «Taiwan-Uno», es que pertenece a la CIA, señorita Montfort. ¿De verdad han asesinado a «Taiwan-Uno»?

Brigitte los volvió a mirar de uno en uno, en hosco silencio. Por fin, se sentó más cómodamente, apretando con fuerza los labios, dando a entender con toda claridad que la conversación no era de su agrado, que desconfiaba de los tres chinos.

Durante un par de minutos permanecieron todos en silencio, la espía mirando fijamente hacia la puerta y los chinos mirándola a ella no menos fijamente.

Por fin, el que había hablado antes, musitó:

—Soy el general Pin Wa. Ellos son los coroneles Chian Cho y Yuan Tong.

Brigitte los miró, encogió los hombros y continuó en su hosco silencio, representando a la perfección su papel de desconfiada espía. Luego se puso en pie, fue hacia el ventanuco y miró al lado del sótano.

—¡Quiero fumar! —exigió.

Lo pidió tres veces más, pero era evidente que nadie pensaba proporcionarle tabaco. Afuera no hubo la menor reacción, en ningún sentido. Se volvió, fruncido el ceño, y se quedó mirando al chino que decía ser nada menos que un general.

—¿De Formosa? —Gruñó.

—Sí.

—¿Qué hacen aquí? ¿Qué es lo quiere de ustedes Uras Khan?

Una levísima sonrisa pasó por los labios del general Pin Wa.

—Que hagamos ciertas anotaciones en un plano de la isla de Formosa.

—¿Qué clase de anotaciones?

—ÉL quiere que señalemos los puntos menos vigilados de la costa, y los que no estén vigilados, aunque estos puntos sean rocosos, de difícil acceso.

La expresión de Brigitte fue de nuevo desconfiada.

—¿Se lo han dicho ustedes? ¿Han señalado esos puntos costeros en el mapa?

—Por ahora, no. «Baby» pareció aliviada.

—Bien… ¿Para qué quiere saber eso Uras Khan?

—Pensamos que quizá haya sido encargado de organizar una invasión de Taiwan… O Formosa. ¿Cómo llama usted a nuestra isla?

—De las dos maneras… ¿Están seguros de lo que dicen? ¿Uras Khan tiene órdenes de preparar una invasión garantizada de Taiwan? ¿Eso es lo que ustedes creen que le han ordenado los de Mao?

—No se nos ocurre otra cosa. Usted ya sabe que hace años que China continental quiere invadirnos, absorbernos a los nacionalistas… Supongo que eso debía llegar, un día u otro. Y si ha llegado, Uras Khan, al parecer, ha sido encargado de organizar esa invasión partiendo de nuestras posibles informaciones respecto a la vigilancia militar que hay en la costa de Taiwan.

—Entiendo… Santo Dios, sólo faltaría eso, tal como están las cosas en el sudeste de Asia… Sería espantoso. ¿Creen que la invasión no se producirá hasta que ustedes le hayan dicho a ese maldito mongol cuáles son los puntos más desguarnecidos de la costa de Taiwan?

—No sabemos. Pero parece que Uras Khan no tiene prisa, de momento. Aún no debe estar todo preparado. Si así fuese, nos habrían torturado mucho más. Por ahora, se van limitando a algunos golpes… Menos al coronel Tong, que se insolentó con Uras Khan, y…

Señaló los pies llagados de Yuan Tong, con la barbilla. Brigitte los miró, se acercó y los examinó atentamente.

—No creo que pueda caminar —dijo al fin.

—Mucho tememos —sonrió inexpresivamente Pin Wa— que ninguno de nosotros volverá a caminar jamás, señorita Montfort.

—¿Han perdido la esperanza de escapar?

—¿Perderla? No la hemos tenido en ningún momento. Es imposible salir de aquí.

—¿Eso creen? Bueno, quizá yo pueda demostrarles lo contrario…

—Al menos —dijo secamente el coronel Yuan Tong—, usted

tiene esperanzas… y los pies en buen estado.

Brigitte frunció el ceño. Se puso en pie, fue de nuevo a la puerta y estuvo mirando unos segundos. Luego, volvió junto a los chinos examinó las cadenas y los grilletes que los sujetaban a la pared, y acabó moviendo negativamente la cabeza. Dio un tirón de una de las cadenas, pero ésta permaneció sólidamente empotrada en la pareo.

—Lo hemos intentado ya… —dijo Pin Wa—. Es imposible. Queríamos arrancarlas para atacar a nuestros carceleros, aunque fuese a riesgo de que nos matasen… Pero es imposible. Ni siquiera tenemos la oportunidad de matarnos nosotros mismos, para evitar hablar…

—¿Temen que Uras Khan pueda obligarles?

—Usted no ha oído los gritos de ese hombre de ahí fuera, Lo Cheng… Tampoco oyó cómo se resistía durante un día entero, incluso quemándole el cuerpo… El olor a carne quemada llegaba hasta aquí… También le cortaron las orejas y él seguía sin hablar… Finalmente, le reventaron un ojo…, y ya no pudo más. Es humanamente imposible. Usted, yo, el coronel Tong, el coronel Cho… hablaremos. No tenga la menor duda, señorita Montfort. Y usted será la primera.

Brigitte miró dé nuevo hoscamente al chino y fue a sentarse a un rincón de la celda.

—Entonces, ¿es usted de la CIA? —preguntó de pronto Cho.

—Déjeme en paz —gruñó «Baby».

* * *

Casi hora y media más tarde se oyeron pasos en el exterior de la celda, y voces en chino. Incluso un par de risas mal contenidas. Brigitte miró al general y los dos coroneles, y se dio cuenta de que la miraban fijamente, con una extraña expresión.

—¿Qué ocurre? —musitó.

—Vienen a por usted —dijo Pin Wa.

«Baby» se irguió, crispado el rostro.

—¿Ya, ya van a torturarme?

—De momento, no. Parece que usted ha sido muy del agrado de Uras Khan, y él quiere disfrutar de su compañía durante la cena, y

después de la cena. En cierto modo, la tortura de esta noche podrá soportarla usted muy bien, señorita Montfort.

—No… No conseguirá eso, no…

La puerta se abrió y un chino armado con una metralleta entró, apuntando hacia Pin Wa, Chian Cho y Yuan Tong. Otro chino, armado con una pistola, apuntó a Brigitte y luego movió la pistola señalando la salida. Ella miró al general y a los dos coroneles, y los vio impávidos, inexpresivos, fija la vista en el suelo.

Se pasó la lengua por los labios y caminó hacia la salida. De pronto, cuando parecía que obedecía mansamente, lanzó su brazo derecho hacia el rostro del chino de la pistola, con toda su fuerza… El golpe, fortísimo, propinado con el canto de la mano, dio al oriental en plena nariz y lo tiró contra el que sostenía la metralleta, que apenas tuve tiempo de apartarse, ágilmente. Pero no fue tan ágil para esquivar el siguiente ataque de Brigitte, que se produjo mientras el otro todavía estaba cayendo de espaldas, sangrando por la nariz. El de la metralleta recibió un violentísimo puntapié en el bajo vientre y cuando se inclinaba, un tremendo hachazo en un lado del cuello lo tiró de lado, hacia donde se estaba ya incorporando el primer chino golpeado, tambaleándose, casi aturdido por el terrible golpe en la nariz.

Brigitte se inclinó rápidamente para recoger la pistola caída en el suelo. Sus dedos se crisparon en la culata del arma, comenzó a incorporarse…

—¡Cuidado, señorita Mon…!

¡Clock!

Su cabeza pareció estallar como si hubiese tenido dentro una espantosa carga de dinamita, y cayó a los pies del tercer chino, aparecido prestamente en la puerta con la culata de su subfusil ya camino de la cabecita femenina.

Terminó la pelea. Ahora, a dormir.

* * *

—¿Champaña francés? —Oyó.

Parpadeó unas cuantas veces más antes de abrir completamente los ojos. Había muy poca luz en aquella estancia, afortunadamente para ella Durante un par de segundos vio la borrosa silueta ante

ella. Pero en seguida se aclaró su visión y se distinguió a Uras Khan, tendiéndole algo.

—Beba. Le sentará bien. Me preocupé de conseguirlo en Makung mientras usted estaba en la celda… ¿Cómo dice usted…? ¿Chin-chin?

Tomó la copa y se la llevó ávidamente a los labios. Auténtico champaña francés, a menos que su paladar estuviese tan embotado como sus ideas de aquel momento. El fresco líquido burbujeante la despejó con rapidez, y entonces se quedó mirando al apuesto Tabogdo Uras Khan, de pie frente a ella, ataviado con un batín de raso de color negro. Resultaba muy atractivo en su exotismo.

—Sí —dijo la espía—: chin-chin.

Uras Khan rió quedamente, muy amable.

—Lo hizo usted muy bien, señorita Montfort. Aunque quizá no debió golpear tan fuerte a mis hombres. Es usted una mujer asombrosa. Casi diría que… excepcional.

—Sin el «casi», Uras Khan. «Soy completamente» excepcional. ¿Se creyeron la mentira los tres prisioneros?

—Estoy seguro de que sí. ¿Cómo va su cabeza?

Brigitte se llevó la manita a ella, tocó la gasa y lanzó un gemidito que hizo sonreír al mongol.

—La tengo sobre los hombros… Eso ya es algo.

—Me permití hacerle una cura. Parece que Dong golpeó más fuerte de lo que indicaban mis instrucciones. Supongo que, realmente, usted lo asustó con su fulminante modo de atacar. Ya se ha corrido la voz entre mis hombres de lo que hizo usted en la tienda de Simpson, en Tainan. Y créame que después de lo de la celda, aunque fuese simulado, todos la admiran profundamente.

—¿Y usted?

—Más que ninguno, por supuesto.

—Muy honrada… ¿Dónde estamos?

—En mi dormitorio… Me he permitido hacerla traer aquí para invitarla a cenar… ¿cómo dicen ustedes…?

—¿En la intimidad? —sonrió Brigitte.

—Sí, eso es. Espero que no la moleste.

Brigitte se puso en pie. Había estado sentada en un sillón, cerca del hermoso ventanal que daba al jardín. Ya no llovía. Por el contrario, en el cielo completamente despejado y lleno de estrellas

brillaba la luna llena, dando un tono de plata a los jardines que rodeaban la casa.

El dormitorio era amplísimo, y la cama estaba al fondo y a la derecha, ante otro ventanal. Había muebles confortables, un gran armario empotrado, alfombras, sillones… En un rincón se veía una mesita rodante, con la mesa dispuesta en vajilla de porcelana. La iluminación también era indirecta allí. A los pies de la cama, entre ésta y el armario, un gran biombo de cinco hojas, también negro, pero con brillantes dibujos en esmalte rojo…

—No… —musitó Brigitte—. No me molesta.

Se acercó más al ventanal, abierto, volviendo la espalda al mongol, mirando hacia los bellos jardines que olían ahora intensamente. También olía la tierra húmeda, de un modo agradable y…

Lo vio de pronto, rodeado de flores y de un espeso cinturón de bambúes. Enorme, grandioso y grotesco en su pedestal, brillando a la luz de la luna, con su voluminoso vientre, su gran cabezota, sentado con las piernas cruzadas sobre el gran pedestal, imponente en su estatura de más de tres metros…

El Buda. El Buda de las fotografías tomadas por «Taiwan-5» con riesgo de su vida.

Pero no… Oh, no podía ser, claro…

Notó las manos de Uras Khan en sus hombros y el aliento del hombre en la nuca. Algo no iba bien allí, y no eran precisamente las clarísimas intenciones del mongol…

—No es el mismo Buda —musitó.

—¿A qué se refiere?

—Al Buda que vemos desde aquí, en el jardín… Seguramente las fotografías que tomó el agente de la CIA que trabajaba con Lo Cheng corresponden a su villa, Uras Khan… Y a la costa rocosa de su villa, también… Pero el Buda no es el mismo, no es el que aparecía en las microfotos…

—¿Cómo lo sabe? —rió el mongol.

—El brazo… El brazo derecho. Este Buda que veo tiene las dos manos juntas ante el pecho, en posición de orar. Y el otro, el de las microfotos, tenía el brazo derecho alzado, como… como enviando un saludo… ¡No es el mismo Buda!

—Parece decepcionada.

—Bueno… Sólo sorprendida. Esto destruye toda la lógica del microfilm, me parece.

—Por eso le dije que la CIA, o quienquiera que sea, no podrá relacionar mi Buda ni mi villa con el microfilm. Quedarán desconcertados…, en el supuesto de que sean capaces de encontrar mí casa.

—Sí… Parece que usted puede considerarse a salvo, Uras Khan… Completamente a salvo.

—Así es. Por tanto, podemos hablar de otras cosas…

Brigitte se volvió, lentamente, desprendiéndose de las manos del mongol. Pero éste volvió a colocarlas en sus hombros cuando ella quedó de cara a él.

—¿De qué cosas? —sonrió la divina.

—Pues… de sus propias palabras respecto a la norma de conducta de los agentes de su organización llamada WEK Usted dijo que esa norma de conducta se resumía en dos palabras: dinero y supervivencia. Y que para conseguir ambas cosas, usted era capaz de «todo».

—En efecto.

—¿Está… completamente segura?

—Absolutamente segura, Uras Khan. Ojalá estuviera tan segura de que usted me perdonará la vida, me dejará marchar, después de que le haya complacido… en sus planes.

—¿Lo duda? —susurró él.

—No lo sé —Brigitte sonrió de pronto, alzó sus bracitos y rodeó el cuello del mongol, apretándose contra su pecho—. Pero en la duda, yo seguiré intentándolo «todo» con tal de sobrevivir.

Capítulo VI

Cuando despertó a la mañana siguiente, el sol ya estaba bastante alto. Se sentó en la cama y miró a su alrededor, desconcertada.

Saltó del lecho, se vistió rápidamente y fue a mirar por el ventanal. Lo primero que vio fue el Buda, todavía brillante de lluvia. Era evidente que aquella noche había llovido en abundancia, pero el sol resplandecía ahora en un cielo intensamente azul, sin una sola nube. Lo cual solía poner de buen humor a la espía internacional.

Fue a la puerta del dormitorio, la abrió… y se quedó clavada en el umbral al ver al chino en el pasillo. Uno de los chinos de Uras Khan, impávido, inexpresivo. Tenía una bandeja en las manos, y era evidente que hacía rato que estaba esperando allí. Dijo algo, siempre de aquel modo gutural e incomprensible que ella llamaba «cho, wo, tong, wun». Comprendió que en la bandeja estaba su desayuno y la idea le pareció tan buena que incluso sonrió al chino.

—Pasa, chinito, pasa… Desayunaré con mucho gusto.

El chino entró, dejó la bandeja sobre la mesita donde habían cenado ella y Uras Khan la noche anterior, y salió del dormitorio. Un menú interesante, sorprendente y grotesco: jamón, tostadas, jugo de naranja… y huevos de golondrina y rata de Ceilán, si ella entendía algo de aquellas cosas. Apartó inmediatamente la rata guisada, probó dos huevos de golondrina y se decidió finalmente por las tostadas, el jamón y el jugo de naranja. También había un paquete de cigarrillos americanos y un estuche de cerillas.

Muy satisfecha, encendió un cigarrillo, se guardó el paquete y las cerillas y salió del dormitorio. El chino-camarero estaba allí, esperando pacientemente.

Brigitte señaló hacia el dormitorio, sonriendo.

—«Cho wo tong wu dang» —dijo.

Y se fue riendo, dejando al chino estupefacto.

Nadie le salió al paso. La casa estaba en silencio, tranquila, sumergida en la calma soleada de la mañana. Cuando salió al blanco porche, oyó los trinos de algunas golondrinas y el rumor del mar. Esto la puso todavía de mejor humor. Tampoco vio a nadie cerca de ella, pero sabía perfectamente que varios pares de ojos la estaban vigilando desde detrás de árboles, arbustos o flores.

No obstante, tenía que intentarlo… Así que se dirigió en línea recta hacia la gran estatua del Buda que, al parecer, no era el que le había enviado saludos. Era decepcionante. ¿Cómo podía haber cometido «Taiwan-5» el error de enviar junto con las microfotos de la villa, la estatua de un Buda que no estaba allí? ¿Dónde estaría el otro Buda, el que enviaba saludos, y qué importancia tenía en aquel asunto?

Llegó al jardín, recorrió los senderos de losas desiguales, formado simplemente con piedras grandes y planas. En las ramas de un helecho, dos pajarillos cantaban furiosamente su amor apasionado. En los pequeños estanques, ahora sin la lona protectora, los lotos parecían flotar en el aire, tan transparente era el agua. Más allá se veía la piscina, pero Brigitte había visto demasiadas para interesarse por ella.

Su objetivo era el Buda.

Para llegar ante él tuvo que recorrer un estrecho sendero de losas, bordeado de altas y fuertes cañas de bambú. Después, se llegaba a una pequeña explanada circular, en el centro de la cual, rodeado de bambúes y flores, estaba el reverenciado Siddharta Gautama, en su gran pedestal de piedra.

Minúscula junto al barrigudo dios, Brigitte alzó la cabeza, para mirar las grandes manos, que se juntaban en posición de rezo. Por lo demás, aquél podía ser el Buda del microfilm que «Taiwan-1» había enviado a la central de la CIA días antes. Apenas podía ver la protuberancia de superinteligencia en lo alto de la cabeza de Buda, pero sí veía sus orejas alargadas por el lóbulo y su tercer ojo simulado en la frente.

Durante un par de minutos la espía internacional estuvo mirando fijamente la estatua, fruncido el ceño, buscando mentalmente una solución a lo que parecía un error de «Taiwan-5». Luego, todavía fruncido el ceño, dio una vuelta alrededor de Buda, siempre mirando la gran efigie de piedra. Se estaba muy bien allí.

Se olía a flores, a mar y a tierra húmeda y fresca…, pero eso era todo. No había nada que, al parecer, pudiera interesar a un espía.

Decepcionada, decidió ir hacia el embarcadero y la costa, hasta que alguien le diera el alto, impidiéndoselo.

Pero nadie se lo impidió, no vio absolutamente a nadie. Pudo llegar al embarcadero, y allá vio la gran lancha de Uras Khan, en la cual habían hecho el viaje la noche anterior. Había dos lanchas más, también de buen tamaño, y una pequeña, azul y blanca. A un lado había una pequeña playa de gruesa arena amarillenta, que cruzó descalza, hacia las rocas. Ni por un momento se le ocurrió la tonta idea de pretender escapar en alguna de las lanchas. Sabía positivamente que si intentaba tal cosa lo echaría todo a perder. Sus esfuerzos en todos los sentidos no habrían servido de nada.

Llegó a las altas rocas y estuvo saltando de una a otra, descalza todavía. Buscaba el punto que aparecía en las microfotos tomadas por «Taiwan-1», pero sabía de antemano que no iba a encontrarlo. No era lo mismo mirar una costa desde la misma costa que desde el mar; todo se vería muy diferente desde uno u otro punto de observación.

Regresó a la playa, subió al embarcadero… y vio entonces a Uras Khan, en la gran lancha, mirándola atentamente, con una extraña y fría sonrisa en los labios.

—Oh… —sonrió también «Baby»—. Buenos días, Uras Khan.

—Ven —dijo él.

Ella subió a bordo y luego entraron en el saloncito interior. Brigitte se sentó. No aceptó la invitación a café, pero encendió otro cigarrillo. Uras Khan se sentó ante ella, mirándola con mucha atención.

—¿Has visto algo que merezca tu interés? —preguntó.

—No. De todos modos, te agradezco que me hayas permitido dar el paseo. Es muy saludable. Y tu villa es muy hermosa… ¿Está muy lejos de Makung?

—Poco. Quiero que hablemos de nosotros, Brigitte.

Ella le miró vivamente.

—¿De nosotros? —musitó.

—De ti y de mí. ¿Cuánto ganas en tu organización?

—Depende. Pongamos un promedio de… cincuenta mil dólares al año. Gastos cubiertos, naturalmente.

—Yo te daré cien mil. Y gastos cubiertos, desde luego.

—No sé si comprendo, querido.

—Te estoy proponiendo que abandones la WEK para que trabajes para mí.

Brigitte entornó los ojos, quizá para ocultar el frío destello que sabía tenía que aparecer en ellos.

—¿Trabajar para ti? —susurró—. Eso es tanto como ratificar tus intenciones de no matarme, Uras Khan.

—Voy a ser sincero contigo. Después de que hubieses obedecido mis instrucciones con respecto a mis prisioneros, pensaba matarte. Es cierto. Lo admito. Sin embargo…, algo ha cambiado, Brigitte. Quiero que vivas.

—¿Te parezco una espía demasiado eficiente para ser… desaprovechada?

—Eres una magnífica espía y lo estás demostrando. Jamás vi en mujer alguna tu serenidad, tu seguridad, tu modo de pelear contra los hombres. Admito que eres excepcional, me voy dando cuenta de ello a cada momento. Sin embargo, no eres imprescindible en mi grupo.

—¿Quieres decir que si no acepto trabajar para ti sostendrás tu idea de eliminarme?

—Lo que he querido decir es que, si bien no eres imprescindible para mi grupo, yo, personalmente, te prefiero viva. Te daré cien mil dólares al año, tendrás todos los gastos cubiertos, y sólo estarás obligada a trabajar cuando sea del todo imprescindible tu actuación… Por si no me entiendes, lo diré más claro aún: lo que yo espero de ti no es que te arriesgues en trabajos peligrosos, sino que estés siempre a mi lado.

Brigitte se pasó la lengua por los labios. ¿Estaba preparando alguna nueva jugada el mongol… o era sincero?

—¿Te has enamorado de mí? —susurró.

—Supongo que te parece una estupidez.

—No lo sé… —Ella inclinó la cabeza y sus labios temblaron muy convincentemente—. En todo caso, creo que los dos seríamos estúpidos, Tabogdo.

El mongol se acercó más a ella y sus manos apretaron los brazos de la más hipócrita espía del mundo.

—¿Es cierto lo que dices? Por tus palabras, entiendo que tú

también… Pero no es posible, no…

—Claro… —musitó ella—. No es posible. Según esto, yo te estoy mintiendo a ti, pero tú a mí no. ¿Es eso lo que quieres decir? Yo miento, y tú dices la verdad. Yo debo creerte a ti, pero tú no puedes creerme a mí.

—Sería… demasiado hermoso para mí, Brigitte.

—Supongo que si te digo que también lo sería para mí, no ibas a creerme, así que no insistiré en eso. Puedes creerme o matarme, según tus planes iniciales. Yo no voy a llorar suplicándote que me creas, Uras Khan.

Alzó la cabeza y el mongol vio en los maravillosos ojos azules las dos pérfidas lágrimas de la espía… Sólo que a él, aquellas lágrimas le parecieron «perlas transparentes auténticas brotando del lago del amor de Brigitte Montfort».

Uras Khan parpadeó, entre incrédulo y maravillado. Ella también parpadeó, y las dos «perlas» se deslizaron lentamente por sus mejillas de terciopelo y seda. El mongol se acercó más, y los labios de Brigitte, tras un nuevo temblor «muy emocionado», quedaron entreabiertos en dulce oferta que Uras Khan se apresuró a aceptar, crispando sus manos en los brazos femeninos. Fue un beso dulce y fresco, profundo como el más profundo pozo de la tierra y ligero como el más alto vuelo de una golondrina.

—Ya no puedo pedir nada más —musitó luego el mongol—. Conseguí todo cuanto me propuse cuando pasaba hambre, y ahora te tengo también a ti…

—Supongo que esto te ha sido bastante más fácil.

—Pero más hermoso.

—Eres muy gentil, Tabogdo. Supongo que ahora vas a pedirme que vuelva con tus prisioneros, para seguir adelante con el plan.

—Si no quieres hacerlo, no importa. Me las arreglaré de otra manera.

Ella le miró sinceramente sorprendida.

—¿Estás hablando en serio?

—Completamente. Si es tu deseo.

—No. Te lo agradezco. Pero precisamente porque sé que mi ayuda puede serte útil, seguiré con tu plan. Quiero hacerlo, Tabogdo.

—Quizá sea arriesgado para ti…

—Soy más peligrosa de lo que piensas… —Ella sonrió de pronto, y le besó dulcemente—. No te preocupes por mí. Sin ningún contratiempo personal, conseguiré que esos hombres te faciliten los datos que precisas. Déjalos en mis manos…

* * *

La puerta de la celda independiente del sótano se abrió y la hermosa mujer blanca fue arrojada al interior rudamente. Pero esta vez no cayó. Permaneció en pie, aunque un poco tambaleante, muy abiertos los ojos, torturada la expresión…

De pronto miró a los tres chinos sentados en el suelo, siempre sujetas sus manos por los grilletes cuyas cadenas estaban fuertemente clavadas en la pared. Ellos también la miraban fijamente, expectantes. Tras unos segundos así, ella pareció reaccionar y fue a sentarse lejos de ellos, al otro extremo. Encendió un cigarrillo y estuvo fumando algunos segundos, absorta, fija su mirada en el suelo. De pronto miró hacia los chinos y sonrió torcidamente, como quien se desprecia a sí mismo.

—¿Quieren cigarrillos? —ofreció—. Me han costado muy caros…

—Ha delatado a sus compañeros… —musitó el general Pin Wa —. Usted ha hecho eso, señorita Montfort.

—No, no… Les aseguro…

—No queremos sus cigarrillos.

Brigitte los miró furiosamente.

—¡Está bien, ¿qué querían que hiciese?! ¡Dejarme descuartizar viva, seguramente! ¡O permitir que me reventasen los ojos! ¿Es eso lo que querían que hiciese? ¿Querían eso? ¡Pues no! ¡También a mí me delataron, y por eso estoy aquí!

Se puso en pie, fumando nerviosamente. Se acercó a la reja del calabozo, echó un vistazo afuera y luego fue rápidamente junto a los chinos, arrodillándose delante de ellos.

—Escuchen —susurró—: no le he dicho la verdad a Uras Khan… Le he mentido. Ha enviado a algunos de sus hombres a Formosa, para liquidar a mis compañeros… Pero no los encontrarán, porque le he mentido Sólo quiero ganar tiempo.

—¿Tiempo? —susurró Pin Wa—. ¿Para qué?

—Para escapar de aquí.

—Es imposible…

—¡Tenemos que intentarlo! —Se irritó Brigitte—. Uras Khan ha enviado la mayor parte de sus hombres a Formosa. Quedan muy pocos en la villa. Si podemos salir de aquí, del sótano, lo demás será fácil… Esta mañana he dado un paseo por la villa, he visto las lanchas… Podríamos llegar fácilmente a Formosa con ellas.

—Es usted una ilusa —gruñó Yuan Tong.

—¿Una ilusa? ¿Y qué son ustedes?

Durante unos segundos, los chinos permanecieron en un hosco, frío silencio. Por fin, Pin Wa murmuró:

—¿Está tratando de insultarnos?

—Vamos a dejar eso… Yo sólo quiero saber si ustedes están dispuestos a huir de aquí a la menor oportunidad. Si están dispuestos, deberán ayudarme. Si no, se quedarán aquí. Me las arreglaré sola.

—Suponga que estamos dispuestos… Usted está libre, pero nosotros estamos encadenados a la pared. ¿Cree que podría romper estas cadenas?

—¡Yo no creo nada! —Se irritó de nuevo Brigitte, magistral en su actuación—. ¡Sólo les digo si aceptarían una oportunidad, si es que se presenta tal oportunidad!

—¿Qué tendríamos que hacer?

—Si logramos abrir esos grilletes de un modo u otro, ustedes dos se ocuparían exclusivamente de ayudar al coronel Tong a caminar, hacia el embarcadero. Yo haría lo demás.

—¿Cómo? No tiene ni siquiera un arma…

—Tengo una… Y muy peligrosa, general Wa. Véala.

Llevó una mano a la cintura de su vestido y pellizcó con dos deditos la tela. Dio un suave tirón…, y un fino alambre apareció ante los ojos de los chinos. Su longitud total, una vez estuvo todo fuera de la cintura del vestido, era idéntica a la medida de la brevísima cintura de la espía: suficiente, como demostró, para sujetar cada extremo con una mano y dejar libre el centro. Pasó detrás de Pin Wa, velozmente, y le colocó el fino alambre de acero en la garganta.

—¿Se lo demuestro, Pin Wa? Tardaría menos de cinco segundos en estrangularlo.

Los otros dos chinos la miraban fijamente, sobresaltados… y admirados. Ella apartó el alambre de la garganta de Pin Wa, y volvió a colocarlo en su cintura. Cuando terminó y alzó la cabeza, los tres chinos la miraban como hipnotizados.

—¿Y bien? —susurró ella.

—Es una locura —musitó Pin Wa—. Pero lo peor que puede ocurrir en el intento es que nos maten, y a eso ya estamos resignados. Con una ventaja: si nos matan durante la huida, ya no podrán obligarnos a decir lo que ellos quieren.

—¿Están dispuestos, entonces?

—No habrá oportunidad —dijo Yuan Tong—. Pero si la hay, cuente que hasta yo correré, aunque los pies se me destrocen en el camino.

—De acuerdo —sonrió secamente Brigitte—. Todo lo que tenemos que hacer ahora es esperar.

Capítulo VII

La espera duró diez largas horas, durante las cuales no fueron molestados. Con esto, quedó confirmado que Brigitte había engañado a Uras Khan, y que la mayor parte de sus hombres estaban en Formosa, tratando de localizar a los agentes de la CIA falsamente delatados por la espía internacional. Parecía que a Uras Khan le quedaban en la isla tan pocos hombres que ni siquiera podía distraerlos en torturar a sus prisioneros.

Finalmente, Brigitte, que había estado mirando con frecuencia por el estrecho ventanuco con rejas, regresó junto a los chinos.

—No tendremos otro momento mejor —susurró—. Ahí afuera hay ahora solamente un hombre. Ya debe ser de noche, de modo que si logramos salir de la casa, es posible que consigamos escapar. ¿Están dispuestos?

Chian Cho y Yuan Tong asintieron con la cabeza. Pero Pin Wa musitó:

—Quizá a ese hombre de ahí fuera no le interese lo que hagamos nosotros con usted, señorita Montfort.

—Oh, sí… —sonrió ella—. Le interesará, porque Uras Khan debe haber dado órdenes para que me cuiden muy bien. ¿No lo han observado durante el día? Pedí más cigarrillos, y me los dieron. Incluso cambiaron mi comida y me trajeron *whisky*… Uras Khan quedó muy complacido de mi… compañía y me conservará en buenas condiciones mientras pueda. No permitirá que ustedes estropeen su juguete.

—Bien… De acuerdo, señorita Montfort. Cuando… cuando usted quiera, empezaremos…

—Ahora mismo —sonrió ella.

Pin Wa parpadeó un instante. De pronto, se tiró contra Brigitte, derribándola entre sus dos compañeros de cadenas, que se apresuraron a saltar sobre la espía, inmovilizándola con las

piernas… A todo esto, la espía empezó a gritar fuertemente. Sus chillidos parecieron capaces de hacer vibrar las húmedas paredes de gruesas piedras…

A los pocos segundos, la puerta de la celda se abrió rápidamente, y el carcelero chino quedó en el umbral, metralleta en mano, muy abiertos los ojos… Vio las piernas del general y los dos coroneles, agitándose en la pieles contra Brigitte, la cual parecía que iba a ser aplastada bajo el peso de los tres hombres… No dejaba de gritar, intentando escapar, pero los tres prisioneros parecían muy decididos a cumplir su propósito, a pesar de tener las manos encadenadas…

El carcelero se acercó rápidamente, sonriendo, ya que ahora no podían verlo los prisioneros, y dispuesto a cumplir su parte en el plan que Uras Khan le había explicado, y que, al parecer, aquella hermosa mujer blanca estaba realizando perfectamente.

Se colocó junto a los tres prisioneros y la mujer, alzó el subfusil y golpeó en la espalda a Pin Wa, dejándolo sin resuello, crispado desencajado el rostro. Apartó rudamente a Yuan Tong, asió a la mujer blanca de un brazo y la sacó de entre los tres hombres, apartándola inmediatamente.

En el acto, y tal como estaba convenido, igual que la noche anterior, la mujer de los ojos color cielo le atacó Primero, le arrebató el subfusil de un golpe, enviándolo lejos de su alcance. Luego, le golpeó con auténtica dureza en el estómago, con un codo, y finalmente, al encogerse él, lo derribó de bruces de un golpe en la nuca…

El general y los dos coroneles asistían, tensos, a la pelea personalísima de la señorita Montfort, que tras tender de bruces al carcelero, saltó sobre su espalda cuando intentaba incorporarse. La vieron sacar velozmente el fino alambre de acero, que silbó un instante en el aire, antes de que la mano izquierda sujetase el otro extremo… Con velocidad relampagueante, la espía pasó el alambre por la garganta del caído chino, que hacía esfuerzos por ponerse en pie quitándose de encima a la mujer…

No tuvo tiempo, al parecer.

Pin Wa, Yuan Tong y Chian Cho vieron cómo se tensaban los músculos finísimos de los bracitos de la espía Sorprendente: unos bracitos tan redondos, tan delicados, suaves y tiernos, les parecieron

de pronto de acero, como si la carne dorada se hubiese solidificado, endurecido de modo increíble. El chino que la señorita Montfort tenía bajo ella y entre sus piernas, bajo la desgarrada falda, dejó muy pronto de resistirse… En pocos segundos quedó inmóvil.

Y en el acto, la espía se puso en pie, todavía crispado el rostro por el esfuerzo. De las ropas del chino estrangulado sacó un cuchillo, que tiró hacia los prisioneros. Salió a toda prisa de la celda, y regresó con unas cuantas llaves que colgaban de un aro de hierro. Se arrodilló junto a Pin Wa, y echó un vistazo a la cerradura de los grilletes, separando inmediatamente una de las llaves del manojo.

—¿Está bien, general? —jadeó—. Ese golpe en la espalda…

—Estoy bien, no se preocupe… ¡Dese prisa!

En menos de cinco segundos, Pin Wa quedó con las manos libres. Brigitte le dejó encargado de soltar a los dos coroneles, y salió de la celda.

Cuando los tres jefes del Ejército Chino Nacionalista salieron de la celda, Brigitte estaba vertiendo pequeños chorros de *whisky* de la botella facilitada por Uras Khan en la boca de Lo Cheng, quien, ciertamente, estaba más muerto que vivo. El pobre chino todavía estaba suspendido por las manos, sin que sus pies tocasen el suelo. Era un auténtico milagro que todavía conservase un soplo de vida, que aún durase la larguísima y cruel agonía.

—Beba, Lo Cheng —insistía Brigitte dulcemente—. Lo vamos a sacar de aquí muy pronto…

No parecía en absoluto horrorizada del aspecto del chino sin orejas y con un ojo reventado. Un aspecto que no solamente era terrible y sobrecogedor, sino estremecedor, repulsivo. Sin embargo, las manitas de «Baby» sostenían la cabeza en alto, cariñosamente, insistiendo en reanimarlo con el *Whisky*… Yuan Tong, que apenas podía caminar, sostuvo en alto la cabeza de Lo Cheng, y finalmente, Brigitte pudo verter un buen chorro de licor en ella. Lo Cheng se estremeció, gimió débilmente. Brigitte vertió más *whisky* en su boca, sin poder evitar que parte de él resbalase por el rostro y el pecho del chino, que se crispó de pronto. Sin duda, el escozor del *whisky* en sus heridas lo reanimó más que el que había entrado en su estómago.

—Vamos, vamos —urgió Brigitte—. Dese prisa con estos

grilletes, general…

Pin Wa estaba escogiendo torpemente la llave de los grilletes que mantenían suspendido a Lo Cheng. Pero antes de que la localizase en el manojo, el chino pudo abrir su único ojo, que se clavó en Brigitte en primer lugar. Luego vio a Yuan Tong junto a la espía… El negro ojo rodeado de sangre y hematomas parecía una luz que se fuese apagando, apagando, apagando.

De los agrietados y machacados labios de Lo Cheng brotaron unas palabras que, por supuesto, Brigitte no pudo entender.

—¿Qué está diciendo? —se interesó vivamente.

Pero Yuan Tong no le habló a ella, sino a Pin Wa, quien, en el acto, dejó de buscar la llave. Se acercó más a Lo Cheng, y musitó unas palabras en el lugar donde días antes había tenido la oreja derecha. Luego fue Lo Cheng quien volvió a hablar. Apenas se le podía oír, pero Pin Wa acercó su oreja a la boca del torturado chino. Luego se separó, y miró al coronel Chian Cho, que tenía en la mano el cuchillo quitado al carcelero.

Pin Wa habló brevemente, y Chian Cho asintió con la cabeza. Se colocó delante de Lo Cheng, y mientras Pin Wa apartaba a Brigitte, él lanzó una cuchillada fortísima, directa al corazón de Lo Cheng, que pareció que fuese a saltar… Y, en el acto, quedó colgando de nuevo como muerto… Es decir: ahora sí estaba muerto.

Lívido súbitamente el rostro, Brigitte se quedó mirando al coronel Cho. Abrió la boca, pero Pin Wa se le adelantó:

—ÉL mismo nos lo ha pedido, señorita Montfort. Sabía que iba a morir, pero, de todos modos, no quería vivir tal como estaba… Ha pedido que lo perdone, y que lo matásemos.

—Sí… Está bien —musitó ella, desalentada—. Lo comprendo… No lo apruebo, general, pero lo comprendo. Vámonos ya —recogió la metralleta, fue hacia los escalones y se volvió hacia el colgante cadáver del chino que había pedido la muerte—. Adiós, Lo Cheng. Quizá tú sí puedas devolverle el saludo a Buda…

Subieron la escalera. Naturalmente, de acuerdo a lo convenido con Uras Khan, no encontraron ninguna dificultad. Tampoco la encontraron para salir de la casa, ni para recorrer los jardines. Brigitte iba por delante, con la metralleta. Detrás, los tres chinos, sosteniendo Pin Wa y Chian Cho a Yuan Tong, quien, contra sus indudables deseos, no podía apenas caminar con sus pies llagados,

ni mucho menos correr, hacia el embarcadero.

En menos de dos minutos, sin embargo, llegaban a los últimos macizos de arbustos, cerca del embarcadero. Brigitte hizo un gesto con la mano, y los tres hombres quedaron inmóviles, conteniendo sus jadeantes respiraciones. Ella se asomó, les hizo gestos de que podían continuar, y salieron a terreno descubierto, directos hacia el embarcadero.

Estaban a menos de diez yardas de él, ya divisando las lanchas, cuando aparecieren dos de los vigilantes de Uras Khan. Oyeron sus «sorprendidas» exclamaciones, y Brigitte no les dio tiempo a nada más. Lanzó un par de cortas ráfagas hacia ellos, y los vieron saltar hacia el agua, soltando sus armas, gritando…

—¡De prisa! —gritó Brigitte.

Fue la primera en llegar al embarcadero y en saltar a una de las lanchas. Solamente había dos, ahora, contando la grande. Pin Wa y Chian Cho llegaron arrastrando a Yuan Tong, sujetándole cada uno por un brazo, que pasaban por sus hombros. Para cuando estuvieron a bordo, la espía había ya puesto en marcha la lancha, que se apartaba del embarcadero. Por detrás de ellos se veían luces y brillaban los fogonazos de algunos disparos de metralleta, que levantaban pequeños surtidores de blanca espuma tras los fugitivos.

—Lo hemos conseguido —jadeó Pin Wa—. ¡Lo ha conseguido, señorita Montfort!

—No cante victoria todavía —sonrió la espía—. Ahora, saldrán en nuestra persecución. Claro que no podrán alcanzarnos. Eso fue lo convenido con Uras Khan, al menos.

—¿Qué…? ¿Lo convenido con…?

—Se lo explicaré a ustedes mientras huimos —sonrió de nuevo la espía.

* * *

En el embarcadero habían aparecido algunos chinos, que rodeaban a Uras Khan, el cual sonreía satisfecho. De un modo u otro, él tenía preparadas las cosas de tal modo que no podían fallar sus planes.

El chino que Brigitte había «estrangulado» en la celda, se reunió con los demás en el embarcadero, mientras los dos que habían sido «ametrallados» eran ayudados a salir del agua por sus compañeros.

—Lo habéis hecho muy bien —dijo Uras Khan—. Y ella también. Ahora, vamos a perseguirlos con la lancha grande. Sa Tzu debe estar esperando ahora mi llamada por radio… Ponte en contacto con él y avísame en seguida, Dong. Todos a las lanchas. Hay que seguir jugando con la espía americana.

Capítulo VIII

—¿De modo que todo ha sido preparado? —musitó Pin Wa.

—Así es. Ahora, Uras Khan debe estar avisando por radio nuestra fuga a los hombres que nos están esperando en la costa de Formosa. Cuando lleguemos allá, nos volverán a apresar. Pero para entonces, Uras Khan espera que yo haya conseguido que ustedes me digan lo que él quiere saber… Si a los hombres que nos están esperando les digo que ya sé lo que interesa a Uras Khan, a ustedes los matarán, evidentemente. De modo que él habrá conseguido lo que quería, al engañarles a ustedes con mi intervención. ÉL está convencido de que ustedes no desconfiarán de una americana agente de la CIA, a la cual, además, deben estarle muy agradecidos. Se supone, además, que yo me las arreglaré para que ustedes me digan dónde están los puntos fuertes y los puntos débiles de la costa de Formosa.

—Entiendo… Es una gran jugada, ¿no es cierto?

—Muy complicada para ustedes, que sólo son militares, general. Para Uras Khan y para mí es una jugada con varios dobles fondos, pero muy sencilla y fácil de comprender para ambos. Ganará, finalmente, el que sea más astuto de los dos. Y, por supuesto, quiero serlo yo.

—Puede serlo con facilidad —sugirió Chian Cho—. Todo lo que tiene que hacer es dirigir la lancha a otro punto cualquiera de la costa de Formosa, y no al que le ha dicho Uras Khan. ÉL debió comprender que una vez en esta lancha nos sería a todos fácil escapar… Incluso a usted.

—ÉL sabe que yo no quiero escapar todavía, coronel —sonrió la divina espía.

—¿Cómo dice…?

—Que yo quiero volver junto a Uras Khan.

—¿Está loca? —exclamó Pin Wa.

—No. Y él lo sabe. Les diré lo que vamos a hacer: iremos directos hacia el punto de la costa donde nos están esperando los hombres de Uras Khan. De este modo, cuando ustedes escapen, él no podrá desconfiar de mí… No más que hasta ahora, al menos. Tendrá que creerme, no se atreverá a precipitar los acontecimientos.

—Pero si vamos hacia donde nos están esperando…

—Calma, coronel, calma… Ya les digo que la jugada es demasiado sutil para quienes no son espías. Atiendan bien: iremos hacia ese punto de la costa, y cuando estemos muy cerca de ella, yo me lanzaré al agua. Inmediatamente, ustedes desviarán el rumbo… ¿Saben conducir una lancha, supongo?

—Sí… Desde luego. Pero, señorita Montfort…

—Es todo lo que tienen que hacer ustedes. Lo demás déjenlo de mi cuenta. Desembarquen en un lugar seguro, y avisen de la existencia de Tabogdo Uras Khan, para que esté discretamente… pero estrechamente vigilado. No deberán ustedes dar ninguna orden de ataque sin mi consentimiento.

—Pero… ¿por qué tiene usted que arriesgarse tanto?

—Porque me prometí devolverle los saludos a un Buda con el brazo alzado… Y yo nunca falto a mi palabra.

* * *

—Ya sé ve la costa —señaló Pin Wa.

—Me he dado cuenta —sonrió la espía—. Tenga la bondad de tomar los mandos, general.

No había nada que discutir. Brigitte había sido tajante, no admitía discusiones.

—Está usted haciendo demasiado por nosotros, por nuestra isla —musitó Pin Wa—. ¿Por qué?

—Mi respuesta va a sorprenderle, general Wa —susurró «Baby»—: no lo hago solamente por ustedes, sino también por sus enemigos. Si logro evitar los planes de Uras Khan, habré evitado muchas muertes. Y ése es mi bando auténtico: el de la paz. Les deseo a ustedes una feliz travesía hasta lugar seguro. Adiós, señores.

Miró hacia atrás. Muy lejos, se veían las luces de la gran lancha rápida de Uras Khan, que no había conseguido alcanzarles durante

el recorrido. Además, así estaba previsto. Delante de ellos, la costa de Formosa, una playa solitaria y oscura donde Uras Khan había dicho a Brigitte que deberían desembarcar. Hasta aquí, ella había cumplido su parte en el convenio con el mongol.

A partir de este momento, las cosas se harían como quería ella, no como quería Tabogdo Uras Khan.

Agitó una mano en señal de última despedida, y saltó al mar, sin que la lancha hubiese disminuido la velocidad. Una caída que podía costarle la vida a cualquiera… que no se hubiese tirado otras veces del mismo modo: encogida, formando una bola, metiendo la cabeza entre las piernas encogidas, y sujetando éstas con los brazos… Único medio de no romperse la espalda, el cuello y unos cuantos huesos más.

Pero «Baby» cayó en el agua como una bola, apretando piernas, brazos y cabeza. Se hundió fuertemente, girando hacia delante, como si fuese en pos de la lancha… Le entró agua por la nariz y por la boca, casi se mareó en las vueltas que la llevaban vertiginosamente hacia el fondo… Pero en menos de cinco segundos toda aquella velocidad desapareció, la presión decreció, dejó de dar vueltas… Soltó sus brazos y sus piernas, se quedó inmóvil, dos segundos…, y empezó a ascender, lentamente. Ya orientada, dominando la situación, nadó con energía hacia la superficie.

Apareció aspirando ávidamente el fresco aire marino. Se veía relativamente cerca la lancha de Tabogdo Uras Khan, acercándose a la costa. Miró hacia ésta y vio solamente una lancha que se despegaba de la playa, alzando una alta estela de espuma color de plata.

—No… —jadeó—. Oh, no, Dios mío, no…

Demasiado tarde, comprendió que había menospreciado la inteligencia del mongol. Efectivamente, los habían estado esperando en la playa que tenía ante ella, pero con una lancha. Y ahora, al ver que la de los fugitivos de Penghu no llegaban a la playa, sino que desviaban el rumbo, salían a cazarlos, precisamente con la lancha más pequeña y más rápida de las que disponía Uras Khan… Pero la lancha pequeña no tuvo necesidad de intervenir activamente.

Hacia el punto por donde habían desviado el rumbo Pin Wa, Yuan Tong y Chian Cho, apareció de pronto una alta llamarada roja, que tiñó el cielo y el mar durante un par de segundos, muy

intensamente… Una nube de espuma que también parecía roja subió hacia el cielo, regresó al mar… Y eso fue todo.

—Lo lamento… Lo lamento dé veras, general Wa, coronel Tong, coronel Cho… No había contado con esto…

* * *

Dos chinos la ayudaron a subir a bordo de la lancha de Uras Khan, la cual inició inmediatamente el regreso hacia Penghu, escoltada por las cuatro pequeñas lanchas que componían el resto de su flotilla particular.

La espía quedó ante el mongol, chorreando, vacilante, como agotada. Uras Khan la miraba fijamente, y sus negrísimos ojos oblicuos parecían dos puntos de fuego bajo la luz lunar.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó abruptamente.

—Me descubrieron, Tabogdo… No sé cómo fue… Estábamos conversando, y temo que hice un comentario desafortunado… El general Wa se quedó mirándome extrañado, y comprendí que había cometido un desliz. El coronel Tong empezó a mirarme agresivamente, y Chian Cho me preguntó si acaso yo te conocía de antes. Empezaron a hacerme preguntas los tres, y comprendí que ya no podría arreglar mi error. Y aún lo agravé más, Tabogdo: quise coger la metralleta, y entonces ellos estuvieron seguros de cuál era mi bando, y se lanzaron contra mí el general y el coronel Cho… Yuan Tong cogió la metralleta… Todo lo que se me ocurrió fue tirarme al agua.

—Has cometido un gran error, Brigitte. Y me pregunto si ha sido con intención o sin ella.

—¡Ya sé que desconfías de mí! ¡Lo has demostrado! Me dijiste que nos estarían esperando unos hombres en ese punto de la playa, pero no me dijiste que también habría dos lanchas que podían disparar proyectiles de mortero.

—Es cierto —admitió Uras Khan—. No confiaba en ti, Brigitte. Y creo que estaba en lo cierto. Has conseguido que esos tres hombres mueran, de modo que ya no podrán decirme lo que me interesaba saber…

—Entonces…, ¿no crees lo que te he dicho? ¿No crees que ellos comprendieron que los estaba engañando, que tuve que tirarme al

mar, y que ellos entonces supieron que tenían que desviar la marcha, porque comprendieron que yo les llevaba a una trampa después de haberlos sonsacado? ¿No crees eso?

Los mongólicos ojos se entornaron.

—¿Los sonsacaste? —musitó Uras Khan.

—Sí.

—¿Contestaron a tus preguntas? ¿Sabes dónde están los puntos costeros más fortificados, los que no tienen vigilancia, o los que tienen menos…?

—Ellos me informaron.

—Me estás mintiendo —gruñó el mongol.

—Claro —Brigitte pareció de pronto la más triste y desengañada de las mujercitas enamoradas—. Te he engañado en todo momento, Tabogdo. Y soy tan tonta, que aun queriendo engañarte, vine a la playa que tú me habías indicado, en lugar de navegar bien lejos de tu alcance, sin acercarme a Formosa, incluso… Podía haber ido a Taipeh en la lancha, pero soy tan tonta, además de embustera, que vine a la playa que tú me indicaste para que tus hombres volviesen a apresar a Wa, Tong y Cho, por si yo no había conseguido engañarlos, volver a torturarlos. Soy tan tonta, que en lugar de escaparme bien lejos, vine a la playa que tú indicaste… Eso es lo que tú crees, ¿no es cierto?

—No parece lógico… Si hubieras querido escapar, podrías haberlo hecho, es cierto… Pero viniste al lugar que te indiqué…

—Supongo que eso no significa nada para ti —gimió la mayor hipócrita del mundo.

—¿Recuerdas los datos que ellos te dieron?

—Perfectamente. Pero no creo necesario decírtelos, Tabogdo… ¿Para qué, si no vas a creerme?

El mongol se acercó más a la espía americana y le pasó un brazo por los hombros.

—Perdóname —musitó—. No estoy acostumbrado a confiar en nadie. Lo siento de veras, Brigitte… Vamos abajo. Te pondrás ropa seca, y me señalarás sobre un mapa lo que te han dicho ellos.

* * *

Sobre el mapa, Brigitte marcó las zonas costeras que le pareció más

probable se acercasen a la verdad. A su lado, Tabogdo Uras Khan miraba atentamente las rayas que iba marcando la espía con algunas ligeras vacilaciones y cavilaciones muy convincentes. Por fin, ella dejó caer el lápiz rojo, y mostró ambas manos en un gesto de impotencia.

—Es todo, Tabogdo —dijo.

El mongol cogió rápidamente el plano, y estuvo examinándolo durante dos o tres minutos, reflexionando. Por fin, se quedó mirando a «Baby» fijamente.

—Tengo la esperanza —dijo, ronca la voz— de que no me estés engañando, Brigitte. Por eso, dos de mis lanchas van a regresar a Formosa, y mis hombres se asegurarán de que esto es cierto, interesándose solamente por los puntos que tú has indicado…

—¿Y así podrás preparar la invasión? Sobre todo, ahora que no hay que temer que tus prisioneros hayan escapado. Nadie sabe nada, Tabogdo… Ni la CIA, ni China Nacionalista, ni mi propia organización… Pero, de todos modos, creo que una invasión es demasiado aparatosa, y no te saldrá bien.

—Eso es cuenta mía.

—Como quieras —suspiró Brigitte—. No puedo obligarte a confiar en mí de una vez por todas. Envía a tus hombres a Taiwan, que se aseguren de que mis datos son ciertos. Haz lo que quieras… Pero dime qué tengo que hacer yo, mientras tanto.

—Serás mi invitada.

—Oh… ¿Tu invitada… en la celda de un sótano?

—No. Te quedarás en la casa, Brigitte.

—¡Fantástico! ¡Así tendré oportunidad de escapar cuando quiera!

—Te estás burlando de mí —refunfuñó Uras Khan—. Ya sé que has podido escapar, es cierto. Pero quizá haya algún motivo por el que prefieras seguir a mi lado.

—Quizá.

—Como, por ejemplo, sonsacarme respecto a mis proyectos.

Brigitte lo miró con expresión entre divertida y dolida.

—Tabogdo, sé lo que estás tramando. Entre lo que hemos hablado nosotros y lo que me han dicho esos tres desdichados que has matado cuando creían que podrían escapar, no necesito saber más. Si hubiera querido perjudicarte, todo lo que tendría que haber

hecho era marcharme, reunir a mis amigos o avisar a la CIA, o al Servicio Secreto de la China de Taiwan… Habría dispuesto de mil medios para destruirte.

—¿Y por qué no lo has hecho?

De nuevo aparecieron dos «perlas transparentes de amor» en los dulcísimos ojos de la espía internacional más embustera jamás habida en el mundo.

—¿Tú qué crees, Tabogdo? —gimió dulcemente—. ¿Por qué te parece que una mujer puede desear que nada malo le ocurra a determinado hombre que aparece en su vida…?

Capítulo IX

Aquella noche fue una repetición de la anterior. Por la mañana, Tabogdo Uras Khan y Brigitte Montfort estuvieron paseando por los jardines de la villa, nadando en la piscina y en la pequeña playa junto al embarcadero. Por fortuna, a media tarde no habían regresado todavía los hombres que el mongol enviara a Formosa a enterarse de la realidad respecto a la disposición de las fuerzas chino-nacionalistas en la costa. Y seguramente un cometido tan importante requeriría no poco tiempo y colaboración en la isla de posibles amigos de Uras Khan.

Así, entre comidas exóticas, champaña francés, baños en la piscina y en el mar, paseos por los jardines y algún que otro sueñecito a la sombra, transcurrió el día. Un día luminoso, lleno de sol, pero que precisamente a media tarde comenzó a nublarse. No unas cuantas nubes, sino ese espeso color gris, casi negro, de la tormenta monzónica. Oscureció antes de la normal en aquella época, y empezó a notarse en el aire como un viento húmedo y caliente, que era el preludio de la fuerte tormenta que se acercaba. No una tormenta peligrosa, sino torrencial. Simplemente, el cielo abriría sus más grandes compuertas, dejando escapar una lluvia caliente, gruesa, espesa. Y el mar parecía esperar en calma aquella adicional cantidad de agua…

—¿Quieres que cenemos ya? —propuso Uras Khan.

—No. Es demasiado pronto, querido.

—Te aburres… ¿No es cierto?

—Bueno… La verdad es que no estoy acostumbrada al ocio… Lo normal en mí es estar haciendo algo. Cualquier cosa.

Pero no había nada que hacer allí. No al menos para «Baby» Montfort. A los pocos minutos comenzó a llover. Unas enormes gotas calientes, que comenzaron a empapar rápidamente la tierra. Por un momento, Brigitte pensó en pedirle a Uras Khan que la

llevase a Makung, pero la idea le pareció francamente mala. El mongol estaba al parecer dominado por su dulzura, y no convenía despertar de nuevo sus recelos. Si Uras Khan estaba esperando algo, lo cual era evidente, ella también lo esperaría. No sería el mongol quien tuviera más paciencia que la agente «Baby».

Finalmente, llegó la hora de la cena, que transcurrió silenciosa, con unas pocas palabras cambiadas entre ambos. Y no cenaron en el dormitorio de Uras Khan, sino en el espacioso y exótico comedor, con vistas al jardín gracias al enorme ventanal que, en realidad, casi ocupaba toda una pared. Había cortinas de juncos, y flores, y papeles pintados…

Después de beber un sorbo de champaña, el mongol miró amablemente a la espía, y musitó:

—Será mejor que te retires a dormir. Yo tengo algunas cosas que hacer aquí abajo.

Brigitte asintió con la cabeza, apuró su copa y se puso en pie.

—¿Tardarás mucho?

—Creo que sí. Tengo que estudiar muy detenidamente de nuevo las indicaciones que hiciste sobre el plano de Taiwan.

Ella sonrió, se acercó a él y le besó dulcemente en los labios, deslizando sus deditos por la nuca del mongol.

—Hasta luego. Despiértame si quieres.

Subió a los dormitorios. Se desnudó, apago la luz y se acercó a la ventana. Allá estaba Buda, visto como una sombra entre la lluvia. Ahora que sabía dónde estaba era fácil verlo, siempre igual, con su inconfundible silueta barriguda. Estuvo contemplando la estatua el tiempo que duró un cigarrillo. La lluvia arreciaba, y su rumor, sin duda, la ayudaría a conciliar el sueño.

Se tendió en la cama y cerró los ojos.

* * *

Los abrió exactamente tres horas después, tal como se había propuesto. Como siempre, su cerebro era el mejor despertador: jamás le había fallado. Se sentó en la cama y miró hacia una de las grandes ventanas. Continuaba lloviendo copiosamente. Buscó a tientas en la mesita de noche, localizó los cigarrillos y encendió uno. Se acercó a la ventana, pensando en Uras Khan… No cabía

duda de que su trabajo debía ser muy intenso e interesante, abajo…

Se quedó atónita, mirando hacia la estatua de Buda, que parecía obsesionarla. Completamente atónita, incrédula, estupefacta. Veía perfectamente el contorno del dios de piedra…, y, a menos que sus ojos le estuviesen jugando una mala pasada, tenía el brazo derecho alzado, en posición de saludo. Parpadeó varias veces, todavía incrédula. Pero sabía muy bien que su cerebro era completamente lúcido en todo momento. Hasta la fecha, jamás había tenido alucinaciones de ninguna clase. Por tanto, si el brazo de Buda lo veía alzado, era que, ciertamente, así era en realidad.

—He sido una estúpida… —musitó—. ¡Una completa estúpida!

Apagó el cigarrillo, se vistió rápidamente, y fue a la puerta del dormitorio. Estaba a punto de abrirla cuando se detuvo en seco. Quedó unos segundos inmóvil, pensativa. Por fin, fue al armario, lo abrió y sacó una de las perchas de durísima madera de teca. La asió fuertemente con la mano derecha, ocultándola a la espalda, y de nuevo fue a la puerta. La abrió con la mano izquierda y salió al pasillo, siempre ocultando la percha a su espalda.

En efecto, tal como había sospechado, había un chino en el pasillo, con una pistola. Estaba durmiéndose, pero se despejó inmediatamente. No hizo ademán de tocar la pistola, pero se quedó mirando expectante, vigilante, a la bella espía americana.

—Agua… —sonrió Brigitte—. Voy abajo a beber.

Era una tontería, porque tenía baño en el dormitorio, pero el chino se quedó tan impávido con esto como si le hubiera recitado unos versos de Homero. Todo lo que hizo fue señalar hacia el dormitorio, en claro gesto de que Brigitte debía volver a él. Pero ella se hizo la tonta, y se acercó más, sin dejar de sonreír.

—Tengo que ir abajo —dijo dulcemente.

El chino no entendía nada, pero de nuevo señaló hacia el dormitorio con una mano, mientras la otra se posaba sobre su pistola. Brigitte pareció, enfurruñada, pero acabó por encoger los hombros, inició la media vuelta… Pero no la acabó.

Se volvió hacia el chino cuando éste retiraba la mano de su pistola, completamente tranquilizado gracias a la docilidad de la bella mujer de los ojos color azul cielo. Una docilidad ciertamente engañosa. La mano derecha de Brigitte se alzaba mientras se volvía velocísimamente hacia el chino… Éste lanzó una exclamación, se

sobresaltó, llevó la mano de nuevo a la pistola…

La percha le golpeó de lleno en la frente, tirándolo de espaldas contra la otra pared del pasillo. De allí, el chino rebotó, cayó de rodillas a los pies de la espía, y ésta lanzó el segundo golpe, aún más terrorífico que el primero, de lleno al cráneo del hombre. Se oyó un crujido de algo que se quiebra, pero, ciertamente, no fue la percha lo que se rompió. El chino quedó tendido de bruces a los pies de Brigitte, que se apresuró a coger la pistola. Con ella en la mano, descendió a la planta baja. Se deslizó luego hacia el gran salón-comedor desde el cual se veía el jardín como si estuviese dentro de la casa. No había nadie allí, pero en la terraza de flores y bambúes había otro chino, éste con un subfusil colgando de un hombro. Estaba bajo el techado de bambúes, pero llevaba un impermeable que, sin duda, podía hacerle falta en cualquier momento.

Brigitte alzó la pistola, apuntó al chino… y bajó el arma. No podía exponerse a hacer ruido ahora que ya lo había echado todo a rodar. Para bien o para mal, la actuación de la dulce y sumisa señorita Montfort había terminado… Tenía que ir a contestar al saludo de Buda.

Su mirada se fijó en las jabalinas que se cruzaban sobre un escudo de piel de tigre en la pared. De no haber sabido que estaban allí, jamás habría podido verlas, tal era la oscuridad. En cuanto al chino, lo había visto más por el brillo de su impermeable que por el auténtico contorno de su cuerpo.

Se deslizó hacia las jabalinas, descolgó las dos y fue silenciosamente hacia el gran ventanal. Ahora veía mejor al chino, paseando silenciosamente de un lado a otro, de costado con respecto a ella. Alzó el brazo derecho, con la jabalina en su manita.

—«Cho wo tong wu dang ma…». Oyó perfectamente el respingo del chino, que se volvió inmediatamente hacia ella, empezando a descolgar el subfusil de su hombro… Pero, al mismo tiempo, se oía el fino silbido, algo brilló un instante…, y la jabalina se clavó en el pecho del hombre, derribándolo de espaldas. Ya no se movió.

Brigitte salió a la terraza, cogió el subfusil del hombre y desistió de su primera idea de proveerse de su impermeable. Estaba clavado, hundido en el pecho por la afilada jabalina. El brillo de la lluvia fue visible un instante en los abiertos ojos del asesinado oriental.

Haciendo caso omiso de la lluvia, abandonó la terraza, hacia el jardín de Buda. En un segundo quedó completamente empapada, pero eso no tenía la menor importancia. Bien armada con la jabalina, la pistola y el subfusil, se dirigió directamente a Buda, por el camino que ya conocía, recorriéndolo a ciegas por entre los bambúes.

Supo perfectamente cuándo estaba llegando a la estatua porque vio un suave resplandor a ras de suelo, en la base de piedra que sostenía la figura. Y bien definido por esa luz, otro chino cubierto por un impermeable, en paciente espera, vigilante… Aunque no lo hacía muy bien, desde luego. Debía estar muy seguro de que nada podía ocurrir.

Pero ocurrió.

El chino ni siquiera se dio cuenta de nada. Brigitte se deslizó por entre los bambúes, sin preocuparse por el ruido, que era absorbido por el de la lluvia. Y al dar la vuelta a la estatua, vio el rectangular agujero iluminado. Una de las losas se había movido hacia dentro, dejando visible una entrada, descendente. Dio la vuelta a la jabalina, se colocó detrás del chino, y de un solo golpe en la nuca lo hizo pasar de la vigilia al más profundo sueño. El hombre cayó de lado sobre las baldosas, y Brigitte, asiéndolo de un pie, lo llevó hasta los bambúes, apartándolo de la zona de luz. Una luz muy escasa, ya que era solamente el resplandor que llegaba de debajo de la estatua, pero más que suficiente para ver lo que hacía.

Luego se detuvo unos segundos, mirando hoscamente el brazo alzado del ídolo de piedra. Acabó por sonreír simpáticamente, alzando también un bracito.

—Hola, Siddharta Gautama.

Se asomó a la entrada. Había unos escalones de piedra que descendían no menos de veinte pies. No se veía a nadie allí, de modo que se decidió a entrar. Estaba todavía a medio tramo cuando ya pudo ver lo que había allí. Una enorme gruta amplísima, que se dirigía hacia el mar… Y esto era indudable, porque lo veía desde allí, brillando tenuemente unas pocas yardas a la luz que descendía sobre él desde lo alto de la gran entrada que también tenía la gruta por mar. Era como un largo callejón discretamente iluminado, a cuyo fondo se veía el mar, y algunos pesqueros atados a unas anillas de la roca. Una gran puerta que por un lado parecía de roca y que

por dentro era un andamiaje de tubos de hierro, estaba abierta hacia dentro de la gruta.

Y allí, no menos de dos docenas de hombres, descargando grandes cajas de los pesqueros chinos, amontonándolas sobre otras muchas que se alineaban a ambos lados del gran pasillo. Naturalmente, armas. Y a juzgar por el tamaño de algunas cajas, no eran solamente pistolas o fusiles. Debía haber ametralladoras, morteros, bazookas… Y seis cajas mucho más grandes que las demás, junto a las cuales se veían otras alargadas, colocadas en pie… ¿Cohetes de largo alcance?

Se trabajaba en silencio, rápidamente. Todos los hombres sudaban copiosamente, desnudo el torso. Todos, excepto Uras Khan, que dirigía la colocación de las cajas, especialmente las grandes. No había ni una sola inscripción en las cajas.

Durante casi diez minutos, Brigitte permaneció allí, inmóvil, sin ser vista, comprendiéndolo todo, incluso el secreto del Buda con el brazo derecho alzado… Magnífico trabajo el de «Taiwan-5» y Lo Cheng. No se les podía haber exigido más. Habían estado rondando hasta conseguir el microfilm… Lástima que para ello tuvieron que acercarse demasiado, entrar en la villa…

Ella acabaría el trabajo.

Casi respingó cuando se dio cuenta de que Uras Khan caminaba hacia la salida, hacia ella, también provisto de un impermeable. Tras él, a algunos pasos de distancia, los últimos cuatro de sus hombres que quedaban en la villa. Los demás estaban en Formosa, comprobando si las informaciones de la señorita Montfort eran ciertas.

Subió rápidamente la escalera, llegó al exterior y se metió entre los bambúes, junto al chino que había aturdido por el golpe de jabalina. Uras Khan y sus hombres tardaron muy poco en salir. Los vio bastante bien a la luz que brotaba del interior de la gruta.

—Wong… —llamó Uras Khan— ¡Wong!

Habló excitadamente con sus hombres, que se alejaron, dos hacia la casa y uno hacia la costa rocosa. El cuarto se quedó con él. Y entre los bambúes, agazapada como un felino, la espía internacional se resignó a esperar. Tenía ya sus planes, y no iba a cambiarlos por nadie.

A los tres o cuatro minutos llegaron los que habían ido hacia la

casa, hablando excitadamente. Parecían incluso asustados. Tan sólo por sus gestos, Brigitte supo que estaban hablando del compañero que habían encontrado con la cabeza abierta en el pasillo de los dormitorios, y del que habían encontrado ensartado en una jabalina. Uras Khan preguntó algo, pero movieron negativamente la cabeza. También esto era fácil de comprender: no habían visto a la «invitada». Ahora, Uras Khan señaló hacia el embarcadero, con toda urgencia, y los mismos que habían estado en la casa echaron a correr hacia allí. Apenas se habían alejado apareció el que había ido a la costa rocosa… De nuevo conversaciones en chino, tras la cuales, Uras Khan dio una orden a uno de sus hombres, que escaló la estatua y bajó el brazo alzado de Buda, colocándolo de nuevo en posición de orar, haciéndolo rotar sobre su hombro hasta que la mano derecha quedó unida, a la izquierda… Y mientras esto sucedía, la losa de la base de Buda se colocaba en su sitio, tras haberse apagado la luz de la gruta. Al mismo tiempo, era seguro que la entrada de la gruta en la costa rocosa se cerraba, colocando en su sitio lo que, para quien lo mirase desde el mar, era solamente una roca más en aquella costa… Y si Uras Khan cerraba aquella gran compuerta y la salida por la estatua, quería decir que los pesqueros se habían ido ya.

En cuanto a Uras Khan y sus hombres, fueron hacia la casa, a toda prisa… La cacería de la invitada fugitiva empezaría inmediatamente.

En pocos segundos, Brigitte quedó sola junto al Buda. Sola con el chino al que había golpeado, y que comenzó a gemir, a moverse… Sin vacilaciones, Brigitte volvió a golpearle, dura, fuertemente, y el chino decidió dormir unos minutos más.

Luego, con su gran agilidad que, sin embargo, no fue suficiente para evitarle algunos resbalones, escaló la estatua de Buda. Primero, el pedestal. Luego, la estatua en sí, trepando por la descomunal barriga. Una vez estuvo en posición segura y estable, asió la mano derecha de Buda y la empujó hacia arriba… Todo el brazo cedió, suavemente, y en pocos segundos, junto al pedestal se volvía a ver luz. La entrada se había abierto.

Brigitte miró la gran faz de Buda, ahora a pocas pulgadas de la suya propia. Le dio un cachetito en una mejilla, diciendo:

—Gracias, simpático.

Luego, sin vacilaciones, se dejó resbalar por la barriga, saltó al suelo… y entró, solitaria y decidida, en la gran gruta.

Capítulo X

Salió de la gruta apenas diez minutos después, a toda prisa. Escaló de nuevo al bonachón Buda, le bajó el brazo…, y de pronto sonrió, y lo volvió a alzar, dejando abierta la entrada y la gran compuerta que daba al mar. Se deslizó otra vez por la gran barriga, saltó al suelo sin tocar siquiera el pedestal, y rebotó hacia los bambúes, donde chocó fuertemente, refunfuñando de disgusto.

Apuntó con la metralleta al cielo y apretó el gatillo, disparando cortas ráfagas, que crepitaron blandamente bajo la lluvia. Todavía las estaba disparando cuando vio luces de linterna lejos de ella, por entre la lluvia y los árboles. Se desplazó unos pasos y volvió a disparar al aire hasta que agotó la carga. Luego, echó a correr, hacia la costa. Se detuvo un par de veces, sonriendo secamente al ver cómo las luces de las linternas iban hacia la estatua de Buda. No se podía decir que aquellos chinos fuesen demasiado inteligentes.

Y mientras los hijos del Celeste Imperio iban hacia el Buda, la agente «Baby» corría hacia el embarcadero. Había pensado utilizar el auto de Uras Khan para escapar por tierra, hacia Makung, pero llegó a la conclusión de que era mejor la lancha.

Y allá estaban, vigiladas por un solo hombre, que se movía inquieto en el embarcadero. También se veía luz en la casa, lo cual parecía indicar que Tabogdo Uras Khan estaba allí… Ya se volverían a encontrar…, pero ojalá que fuese tardando mucho, pues Uras Khan se iría pronto de viaje al infierno. Oh, entonces quizá no se encontrasen ya nunca jamás…

Llegó muy cerca del inquieto chino que vigilaba el embarcadero… Y como el chino vigilaba tierra adentro, no pudo verla, nadando con la mano derecha fuera del agua, empuñando la pistola. Fue sencillísimo para Brigitte disparar contra aquel enemigo que no parecía haber calculado la posibilidad de que el ataque le llegara precisamente desde el mar. Con sólo dos disparos, el oriental

tuvo suficiente. En realidad, «Baby» Montfort desperdició una bala… Vio al hombre dar un par de traspiés, soltar su arma, llegar al borde del muelle… y caer de cabeza al agua… Y esta vez no había truco.

Subió rápidamente al embarcadero, desató los cabos de las cuerdas que sujetaban las dos lanchas pequeñas, y las tiró a bordo de la grande. Luego saltó a ésta, amarró ambos cabos a una de las barandillas y se metió precipitadamente en la cabina de mandos. Cuando se alejase de allí, remolcaría las dos lanchas, pegadas al casco de un modo muy molesto, pero conveniente. Podría soltarlas cuando estuviese tan sólo a un par de millas de allí, y llegaría con toda tranquilidad a la isla de Formosa. De allí a Tainan, se las arreglaría muy bien, recogería su equipaje y regresaría a…

Aún no había puesto el encendido cuando notó la pistola en su nuca.

—En verdad —dijo suavemente la voz de Uras Khan—. Sí, en verdad que eres extraordinaria, Brigitte.

Ella no se movió. Estaba dentro de la cabina, no podría actuar con su habitual rapidez y libertad de movimientos… Volvió solamente la cabeza, muy despacio.

—La palabra es excepcional, Tabogdo.

—Cierto: excepcional. Sal de ahí, con las manos en la nuca, y muy despacio… Y sin volverte. No quiero matarte de un disparo… No, no, y mil veces no, querida… ¿Sabes que casi me convenciste?

—Tabogdo, tenemos que marcharnos.

—¿Los dos juntos? Muy romántico… Pero ya he aprendido a conocerte, incluso a adivinar tus pasos. Es fácil: solamente hay que pensar en lo que más astucia requiera, y precisamente eso es lo que harás tú. Por eso, te esperé en la lancha, bien escondido, mientras los estúpidos de mis hombres acudían a tu engaño… Te he dicho que salgas de ahí, Brigitte.

—Tabogdo, todo va a explotar… Marchémonos los dos de aquí, seamos sensatos… Los dos somos, demasiado inteligentes para morir…

—¿Qué es lo que va a explotar?

—Toda tu villa, la gruta, la piscina, los jardines… Depende de la potencia de explosión de todo lo que hubiese almacenado en la gruta que da al mar.

—¿Has estado ahí dentro? —exclamó Uras Khan.

—Sí. Están pasando los segundos… No tardará mucho en explotar todo… Llama a tus hombres y…

—Pon la lancha en marcha. Y olvida a mis hombres. Si lo que dices es cierto, ellos se lo habrán merecido, por necios e ineptos. ¡Pon la lancha en marcha! Si dices la verdad, quiero estar lejos… Y si no la dices, será fácil volver… ¡Vamos, en marcha!

Brigitte obedeció. La lancha grande se apartó del embarcadero, remolcando con dificultades al principio las dos más pequeñas. Pero pronto se deslizaron las tres bajo la lluvia, que parecía no ir a terminar nunca…

—Podemos hacer un trato, Tabogdo —empezó Brigitte—. Si tú…

—No más tratos contigo. Ha sido agradable mientras ha durado, Brigitte, pero eres demasiado peligrosa. Si eso que dices es cierto…

—¿La de colocar una carga en la gruta? Desde luego que es cierto: esas armas no te servirán de nada para tu proyectada invasión. No tardarán en explotar… Todo saltará por el aire. Incluso nuestro simpático Buda. ¿Qué te proponías con esas armas, Tabogdo? Hay muchas en esa gruta, ciertamente, pero no las suficientes para desembarcar en Formosa, me parece a mí.

—De nuevo intentas sonsacarme —rió Uras Khan—. Sólo que esta vez voy a complacerte. Es lo menos que merece tu gran esfuerzo. El plan era llenar de armas la gruta, para, en el momento oportuno, llevarlas en pesqueros a la costa, en pequeñas cantidades. Al mismo tiempo, día tras dia, cientos de chinos irían desembarcando en Formosa, en pequeños grupos… Nadie se daría cuenta. Y esos chinos irían recogiendo sus armas, esperando el momento de la revuelta…

—¿Revuelta?

—Así es. No se trataba de organizar una invasión vulgar, sino de introducir un par de miles de hombres en Formosa, bien armados. Esos hombres formarían grupos de guerrillas que dirían ser de la isla, nacionalistas, pero que no estaban conformes con su Gobierno. Siempre hay descontentos, que se unirían a ellos. Algunos de los mejores oficiales chinos de Mao serían también desembarcados, y ellos irían mandando las guerrillas, reclutando hombres, siempre diciendo que eran de Formosa… En muy poco tiempo, el caos se extendería por Formosa, cada vez más… Y entonces sería el

momento de que China, la auténtica China, tomase cartas en el asunto. Algunos puertos y playas habrían sido ya tomados por los rebeldes, y los ejércitos de Mao tendrían el camino libre para desembarcar en Formosa, ocuparla…

—La gran invasión se produciría al fin, ¿no es eso?

—Exactamente. Propuse el plan, y fue aceptado en seguida. Y no serás tú quien lo eche a perder, te lo aseguro.

—Temo que sí, querido. Dentro de muy poco tus armas volarán. Y cuando yo tenga un minuto libre de tiempo, me ocuparé de informar a los de Formosa de todo eso que me has dicho. Has fracasado, Tabogdo.

—Para la lancha. Ya no hace falta navegar más… Me has mentido. Nada va a explotar.

—Explotará. Pero si tienes deseos de verlo bien, detendré la lancha.

Así lo hizo, girando lentamente, hasta que la embarcación quedó orientada de nuevo hacia la costa de Penghu, de modo que también ella podría ver la explosión…, que estaba tardando demasiado. Quizá era debido a que había querido concederse a sí misma un buen margen de tiempo para escapar de allí…

—No explota nada —insistió Uras Khan.

Brigitte volvió de nuevo la cabeza hacia él, pero sin girar el cuerpo. La situación continuaba siendo muy mala para ella, limitado su campo de acción por la cabina, y si Uras Khan no…

La roja llamarada apareció de pronto delante de ellos, a lo lejos en la costa, ciertamente donde Uras Khan tenía su villa, Primero fue una pequeña explosión, a la que siguió otra un poco más fuerte, y una tercera altísima, que atronó la noche…

Para entonces, Brigitte se había vuelto velocísimamente, sabiendo que era su única oportunidad. No dispondría de otro momento, a excepción de aquél en que Uras Khan, lógicamente sobresaltado por la explosión de la cual dudaba ya firmemente, tenía que desviar la atención de ella, siquiera fuese por una fracción de segundó.

Y así fue.

El sobresalto, la intensa llamarada lejana, la furia, distrajo una fracción de segundo la atención del mongol, que Brigitte aprovechó poco menos que a ciegas, actuando con su mortífera rapidez: se

pegó a un lado de la cabina, de modo que el balazo disparado por Uras Khan sólo le rozó un costado, ya que bajó la mano al recibir encima mismo de ambos ojos el fulminante hachazo que le lanzó la espía con la mano derecha.

Uras Khan retrocedió bajo el terrible golpe, y Brigitte, sin pararse a pensarlo, se tiró fuera de la cabina, de espaldas, sabiendo que si permanecía allí dentro sería acribillada en un par de segundos. La cabina se convirtió en una lluvia de cristales, en efecto, cuando Uras Khan disparó hacia ella sin mirar, con la mano izquierda ante los ojos, cegados momentáneamente por las lágrimas que le ocasionaban el intenso dolor del golpe recibido.

Y mientras los cristales de la cabina saltaban en pedazos, la espía rodaba por cubierta, resbalando bajo la lluvia, intentando agarrarse frenéticamente a algo… Y ese algo fueron las piernas de Uras Khan, que retrocedía sin dejar de disparar hacia la cabina, todavía llenos sus ojos de lágrimas… Al notar las manos de Brigitte, bajó la pistola, pero ya Brigitte había dado un fuerte tirón, y el mongol perdió el equilibrio, cayendo de espaldas… Como una pantera, la espía se colocó sobre él, ocupándose exclusivamente de la mano que sujetaba la pistola; la asió con las dos suyas, la alzó, y su boquita sonrosada acudió al encuentro de la muñeca de Uras Khan… Los blancos dientes se clavaron profundamente en la carne, mientras la pistola, casi tocando con la culata en su mejilla, continuaba disparando, ahora hacia el mar…

Uras Khan lanzó un alarido, soltó la pistola, y su mano libre golpeó a Brigitte en la cabeza. Un golpetazo fuerte, que hizo resonar la cabeza de la espía internacional, como si estuviese a punto de partirse en mil pedazos, y al que correspondió con un golpe en plena nariz del mongol, aplastándola. Aullando, Uras Khan se arqueó, tiró hacia un lado a Brigitte y quiso ponerse en pie… No llegó a hacerlo. Las bellas piernas de «Baby» se enroscaron en su cuello, derribándolo en una perfecta presa de tijera. El mongol alzó sus manos hacia las piernas femeninas, intentando apartarlas, arañándolas… Pero, sentada y dominando la situación, Brigitte le golpeó con el canto de la mano en el plexo solar, y las fuerzas del mongol decrecieron notablemente. Repitió el golpe, y las uñas dejaron de clavarse en su carne. Otro golpe, ahora en el estómago, debilitó aún más al mongol, que soltó las piernas de la espía,

permitiendo que fueran apretando su garganta cada vez más, cada vez más, cada vez más…

Finalmente, Tabogdo Uras Khan no opuso la menor resistencia. Los muertos no pueden defenderse.

Brigitte se puso en pie, lo asió de un pie, lo llevó hacia la borda y lo tiró al mar, por entre los barrotes laterales. Luego quedó apoyada de bruces en la borda, jadeando, recuperando el ritmo de la respiración, sobreponiéndose a la feroz lucha a muerte en la que, gracias a su suerte increíble, de nuevo había triunfado…

Cuando miró hacia la costa, las explosiones habían terminado. Solamente se veían algunas pequeñas llamas, que iban siendo rápidamente apagadas por la torrencial lluvia monzónica. Ya no quedaba nada de la exótica y lujosa villa del mongol. Pero, sobre todo, las armas habían sido destruidas, de tal modo que no habría invasión, no habría revuelta, no habría más muertes… Había valido la pena.

—Adiós… —jadeó—. Adiós, Buda. «Baby»… te envía un saludo…

Este es el final

Frank Minello entró en el saloncito de Brigitte Montfort como siempre. Es decir, sin dejar que lo anunciasen, pisando fuerte… Como si entrase en su propia casa, sencillamente.

—¡Hola! —gritó—. ¿Cómo están todos por aquí? ¡Anda, pero si está aquí el espía pequeñín!

Charles Pitzer soltó un gruñido y se puso en pie, mirando torvamente al periodista deportivo.

—Adiós, Brigitte. Ya nos veremos…

—¿Por qué se va? —protestó Minello—. ¿No quiere que yo me entere de pavorosos secretos de espionaje? ¡Ya sabe que gracias a mi ayuda algunas veces han podido…!

—¿Qué traes ahí, Frankie? —le interrumpió Brigitte.

—¿Dónde…? Oh, sí —Minello le entregó el paquete que había tenido bajo un brazo—. Te he traído un regalo.

—Caramba… Eres muy amable, de veras. ¿Dónde has estado?

—En San Francisco.

—¿San Francisco de California?

—Claro. Pero te gustará el regalo… Es muy exótico. Estuve en el barrio chino, y… ¿Por qué me miran así? ¿Qué demonios pasa? ¿Es que no puedo regalarte lo que me dé la gana?

Brigitte sonrió dulcemente y desenvolvió el paquete. Ante sus espantados ojos apareció un pequeño Buda de porcelana, dé rostro bonachón y enorme barriga. En total la estatuilla debía medir unas diez pulgadas.

—Santo cielo… —gimió—. ¡Un Buda!

—Emmm… ¿No te gusta? Bueno, no sabía qué comprarte como recuerdo de este viaje, estuve en el barrio chino comiendo «chop-suey», vi el Buda en un escaparate… Es muy bonito, me parece a mí. De porcelana china auténtica… ¿Lo rompo?

Charles Pitzer soltó otro gruñido, y desapareció, dejándolos

solos. Minello miraba con tal expresión de pena a Brigitte, que ésta se echó a reír y abrazó el Buda.

—Es muy bonito, Frankie. Y, además, no es peligroso, porque está orando, no enviando saludos… Me quedo con el Buda.

FIN

Notas

[1] Este es el nombre de una organización de espionaje a la que la agente «Baby» se enfrento, tiempo atrás, en su aventura titulada «Subasta en Capri». (*Nota del Editor*). < <